



VOLCAN POAS (Costa Rica)

Al noroeste de la capital San José, está en constante actividad este volcán, cuyo cráter se considera como uno de los más grandes del mundo. A una altura de 2.705 metros, esta gran boca volcánica se presenta bordada por rocas de granito, mineros de azufre y cenizas calcinantes.

UN GRATO PAIS

COSTA RICA

DEMOCRACIA EJEMPLAR



Desde el cráter del volcán Poas y a una distancia de poco más de un kilómetro, puede observarse con deleitable meditación, un precioso lago con márgenes de tupida vegetación. Esta hoya fue en su tiempo un cráter hirviente.

“...no está fuera de razón el nombre de “Jardín de América” que muchas gentes le dan a este bello país centroamericano. Lo merece no sólo por sus flores, la belleza de sus paisajes, sino por la pujanza democrática que señorea la historia de esta pequeña nación ejemplar...”

EL tenaz argonauta judeo-mallorquí, genovés-español, don Cristóbal Colón, que descubrió estas tierras americanas en busca del Gran Khan y del país de las especias, soñando con las Indias Orientales donde bullía su imaginación de taumaturgo genial y aventurero luminoso, en su cuarto y último periplo por el Nuevo Mundo que le negó su nombre, arribó a las playas atlánticas de esta porción ilustre del hemisferio —que hoy son playas costarricenses—, el 18 de setiembre de 1502, es decir dos lustros después de haber pisado por vez pri-

mera las tierras del continente desconocido en la famosa Guanahani —más tarde La Española— en la que fue después República Dominicana.

El propio inmortal y malpagado Descubridor dio el nombre de Costa Rica a esa orilla hemisférica donde el Atlántico bate una de las naciones más risueñas y felices de América. Más felices y risueñas —digo yo—, porque una nación que tiene el orgullo de ser probablemente la única en el mundo que cuenta más escuelas que soldados, donde el ejército está proscrito por la Constitución y mantiene su solidez institucional con un reducido número de guardias civiles, cimentada en la conciencia cívica de sus habitantes que han visto florecer desde el pasado, desde sus raíces independentistas, una república sin soldados, una fluida democracia sin cañones, un noble ropaje de libertad firme y señero sin ametralladoras, en un mundo trastornado y belicoso que asienta su poderío en las armas; en un

mundo guerrero donde hasta la más pequeña república —aún la más subdesarrollada— se regocija con su fiesta nacional en desfiles de armamentos... una nación así, con sentimientos tan pacíficos y libertarios, debe de sentir una hechizante ufania en sostener su democracia inalterable sin uniformes militares.

No puedo olvidar la honda impresión desalentadora que sentí, como demócrata colombiano poco amigo del armamentismo, en una visita que realicé a Santo Domingo, hace pocos años —en la Era de Trujillo—, por invitación de su gobierno, al observar un desfile militar que duró varias horas, con diez mil soldados por la Avenida George Washington, con armas dominicanas y demostraciones de poderío, mientras algunos de sus barcos de guerra cruzaban las aguas de la bahía seguidos por fragatas venezolanas enviadas por el dictador Pérez Jiménez, y aviones de Venezuela dejaban caer sobre “Ciudad Trujillo” millares de volantes de saludo y aplauso al Generalísimo Rafael Leonidas Trujillo Molina... Al recordar aquellas cosas que hieren los sentimientos republicanos, no puede mirarse sin plena satisfacción un país como Costa Rica tan ricamente saturado de republicanismo, de libertad y de incancelable democracia. Por todo eso juzgo yo que no está fuera de razón el nombre de “Jardín de América” que muchas gentes le dan a este bello país centroamericano. Lo merece no sólo por sus flores, la belleza de sus mujeres y la variedad alucinante de sus paisajes, sino por la pujanza democrática que señorea la historia de esta pequeña nación ejemplar.

ALGUNOS DATOS

Después de la hazañosa empresa del gran figur don Cristóbal Colón, conquistadores españoles llegaron a Costa Rica, recorrieron la costa del Pacífico y emprendieron la tarea de colonización en esas tierras feraces y de condiciones insuperables para fundar ciudades, crear riqueza y plantar hitos de la civilización occidental que ya venía brotando con empujes poderosos a todo lo largo del continente. En 1564 los peninsulares fundaron la población de Cartago que fue la antigua capital de la nación. Todavía se ven en esa bien trazada ciudad vestigios de la colonia, ruinas de templos y mansiones, paramentos murales y casas que se conservan con obstinación hispánica a través de los siglos. Cartago es una pequeña y bella ciudad embellecida por un delicioso clima, situada a veintidós kilómetros de la capital, con la cual se comunica por una espléndida carretera, a cuyos lados se extienden cortijos y sementeras, hermosas quintas y viviendas campesinas, barbechos y cafetales en suaves ondulaciones que trepan por las laderas y colinas. Allí, como en San José, como en los caminos y poblaciones, se respira un aire de bienestar y de largueza espiritual. Todo conspira en el

ambiente para invitarnos a descansar un tiempo en ese Jardín de América, de transparencias vegetales, donde la flor y la mujer se aúnan para sublimizar el aire; donde se aninan los montes y se enternecen las llanuras, donde la libertad tiene un sentido de égloga y nunca de alarido, donde se piensa con donosura y se trabaja con esperanza, donde los caminos son cauces de alegría y los ríos torrenes de optimismo, propicios al amor y a la dulcedumbre, a la paz y la ventura.

Costa Rica se independizó de la madre España en 1821 y poco después formó parte de la Federación Centroamericana hasta 1848, año en el cual se constituyó en república independiente y soberana. En la población de Alajuela se yergue un alto monumento en memoria del humilde soldado Juan Rafael Morúa, símbolo de la heroicidad de su pueblo que con su Presidente a la cabeza venció en 1856 a los filibusteros de William Walker, aventurero anglosajón que osó apoderarse de los tesoros del país. Esta nación, sin soldados y sólo con la indeclinable fuerza del derecho ha cobrado el respeto y la simpatía de todos los pueblos civilizados del mundo, y muy especialmente de los hermanos países del hemisferio. Con sus 51.000 kilómetros cuadrados de territorio y su escaso millón trescientos mil habitantes, es una república respetable y respetada.

San José, la alegre y embellecida capital, a 1.160 metros sobre el nivel marino, goza de un clima suavísimo y atrae desde el primer momento en que se la conoce. Sus parques (“bellos parques, pueblos cultos”, dicen sus leyendas) se presentan guarnecidos de árboles y jardines en todos los meses del año y son paseos favoritos de amables gentes y bellas mujeres. Merece contarse que en alguna época se concedió permiso para instalar un café (decir café es decir bar) en el sótano del grande y elegante kiosco del parque central —que circundan la Catedral Metropolitana, un moderno banco nacional y grandes salas de cine—, y las gentes protestaron contra aquella ofensa a la cultura, contra la profanación de aquel palacete destinado a las tradicionales retretas de buena música para el pueblo y la sociedad. Hoy, en ese sótano amplísimo, funciona el “Palacio del Libro”, bellamente anunciado en cuatro puertas laterales, donde los visitantes encuentran las obras que necesitan, científicas, de literatura y ficción, de estudio y simple deleite pasajero, cómodamente ordenadas en secciones. Y en toda la ciudad se ven espléndidas librerías que hablan por modo elocuente de la cultura general.

Aparte de grandes y modernos edificios comerciales, suntuosos bancos y confortables hoteles, el Teatro Nacional de San José es una obra de cultura y de arte que podría enorgullecer a muchas capitales de América. Y su origen enaltece aún más la



Bellos parques, pueblos cultos, dicen sus leyendas, guarnecidos de arbolado y jardines todos los meses del año.



Parque Central, en San José, y el edificio del colosal Cine Rex.



Teatro Nacional, obra de cultura y de arte que podría enorgullecer a muchas capitales de América.

unidad espiritual de los costarricenses. Se cuenta que hace setenta años, aproximadamente, los agricultores y exportadores de caña de azúcar propusieron al gobierno que les gravase las exportaciones con un impuesto exclusivo destinado a la construcción de un Teatro Nacional, que fuese un coliseo digno de las ciudades europeas. Desde luego, el gobierno acogió la idea con beneplácito y la obra se puso en marcha debidamente. Y en 1897 inauguró esta obra magnífica, ejecutada por arquitectos nacionales y extranjeros, con la contribución artística de pintores y escultores nativos y foráneos, concepción marañista realizada con derroche de mármoles de Carrara, noble piedra doméstica y múltiples espejos de Venecia.

CARRETERA INTERAMERICANA

Esta gran vía hemisférica, en su paso por Costa Rica ha tenido una solución de continuidad que va dejando de existir rápidamente. Desde la frontera con Nicaragua, en el sitio llamado Peñas Blancas, hasta San José — y un poco más — hasta Cartago, es una extensión de 334 kilómetros, está totalmente pavimentada, en su mayor parte espléndida y en algún tramo sinuosa y angosta. Desde Cartago hasta Canoas —frontera panameña— los puentes han sido construidos y la carretera, sometida a trabajos de mejoramiento, ha sido abierta ya para toda clase de vehículos. La extensión de esta arteria automovilística continental — la más larga del mundo —, en el tramo de Costa Rica tiene 662 kilómetros. Es conveniente anotar que la gran nación saxoamericana, en convenios vigentes con la América Latina, aporta el valor de las dos terceras partes de la vía, y acaba de destinar 22 millones de dólares para acelerar los trabajos de pavimentación y ensanche que aún faltan en el tramo de Centroamérica hasta la capital de Panamá. Para la totalidad de la gran vía, la gigantesca autopista continental, desde el Canadá hasta la Tierra del Fuego, faltaría aún el tramo del Tapón del Darién, correspondiente a Colombia y Panamá, ochocientos kilómetros que costarán aproximadamente cien millones de dólares y varios años de trabajo.

Alfonso MEJIA ROBLERO

San Salvador, enero de 1963

(Especial para EL DIA)



Edificio del Gran Hotel, en San José de Costa Rica.

EL REFORMADOR DEL MUNDO



"Particularmente (Pachacutec) enriqueció el templo del sol... que hoy vive más rico de verdadera riqueza y bienes espirituales que entonces lo estaba de oro y piedras preciosas. Porque en el mismo lugar del templo donde tenían la figura del Sol está hoy el Santísimo Sacramento, y el claustro sirve de andar por él las Procesiones y fiestas que por año se hacen. Su Eterna Majestad sea loada por todas sus misericordias. Es el convento de Sancto Domingo". (Garcilaso de la Vega - Comentarios Reales). En la foto, estado actual del templo cuzqueño al que alude el famoso cronista peruano.

El siglo XV nace en Europa con la frente signada por el resplandor culminante del Humanismo. Marco Polo hacia el Asia y Colón hacia las nuevas Indias, dilatan los confines de un mundo abierto ávidamente a una expansión de más trascendencia que la geográfica, que dinamizó a los espíritus en el florecer sin igual del Renacimiento.

Italia se enoja con el genio sublime de Miguel Angel, de Cellini, de Rafael, de Leonardo, rica en príncipes protectores del Arte. Inglaterra resplandece en la inmortalidad del teatro shakespiriano, como España en la imperecedera novela cervantina o en la mole solemne de El Escorial, mientras en Francia palacios y castillos constituyen la representación cabal de la elegancia y la gracia, en tanto que en Alemania, Dürero, Holbein, Cranach, enfrentan la creación artística, a la filosofía grave y polémica de Lutero.

Es un mundo que crece, anda, descubre, conquista. Es el mundo que ha puesto ojos de asombro y mano codiciosa en las bárbaras orillas americanas.

Porque en medio de esos tiempos capitales para agrandar la cultura europea, del otro lado del Atlántico, civilizaciones ignoradas viven su medioevo. Mientras los Mayas ofrendan en sus pirámides ceremoniales, holocaustos de corazones humanos recién arrancados, y los Incas despliegan su poderío desde las zonas ecuatoriales hasta la altiplanicie boliviana, el Viejo Mundo se eriza de agujas góticas, de estatuas eternas, de joyas inusitadas, de lujo, de gula vital, de barrocos que presagian el incendio romántico.

Y en medio de esos mismos tiempos, sobre una costa del Pacífico, todavía el sol dinástico del Tahuantinsuyo derrama sus esplendores, en las postrimerias del Incario.

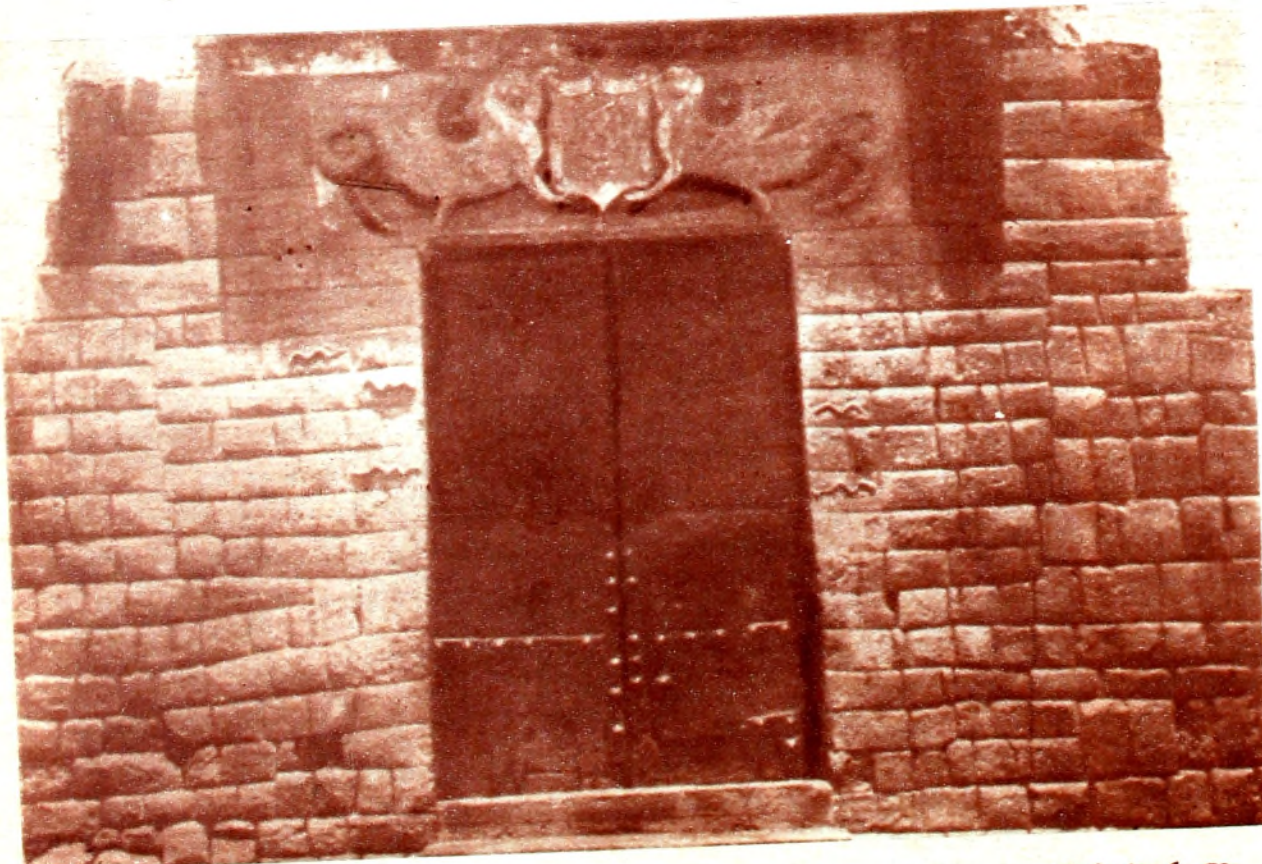
Es el siglo XV. Es la hora de Pachacutec, el sabio, el prudente, el justiciero, el reformador del mundo...

¿Qué perfiles extraordinarios tuvo este monarca para haber centralizado en torno

suyo, un apretado haz de leyendas que perpetúan la imagen de un ser clemente, magnánimo, paternal, noble de sentimientos, príncipe sin la concupiscencia de poder o la gloria, que dejó recuerdo de sus virtudes morales por encima de los siglos, tan inamovible como las murallas gigantescas de los famosos templos incaicos?

Cusi Yupanqui o Pachacutec, hijo de Viracocha, preparó por sus hechos el apogeo del imperio, desde el Cuzco —"corazón" u "ombiligo"— sometiendo caciques rebeldes y anexando territorios, sin que pueda reprocharse una sombra de crueldad o el regusto del triunfador que se solaza humillando a los vencidos. Fue generoso y enemigo de vicios y abusos, respetuoso de los hombres y amante de la ley y de, orden, contrario a la violencia y fundador de escuelas, e iba de pueblo en pueblo convirtiéndolos a su fe, la adoración suprema al Sol, semejante a Ramsés II en sus conquistas guerreras, aunque sin su prepotencia belicosa, y parecido a Amenofis IV en el fervor religioso, aunque no con el delirante misticismo monoteísta del faraón, sino con la humanísima amplitud de un hombre moderno.

Vencedor de los Chancas, de los Andahuilas, de los Soras, de los Rucanas, señor del Gran Chimú, venció también en sí mismo los bajos apetitos, astuto sin maldad, valeroso sin despotismo. Le aureolaba la gloria ganada en un largo reinado, "amo de las cuatro partes del mundo", que dejó en máximas sabias su profunda experiencia y su conocimiento del corazón humano. Código moral de viva actualidad, aconseja la paz, el desinterés, la tolerancia. Condena la envidia, pues "quien tiene envidia de otro, a sí propio se daña". Recomienda la honradez: "En ninguna manera se deben permitir ladrones; los cuales, pudiendo ganar hacienda con honesto trabajo y poseerla con buen derecho, quieren más haverla hurtando o robando; por lo cual es muy justo que sea ahorcado el que fuere ladrón". Exhorta a la paciencia, pues "La impaciencia es señal de ánimo vil y bajo, mal enseñado y peor acostumbrado". Repudia la



Todavía se ve en Cuzco, la Yachayhuasi o Casa de Enseñanza, donde recibía sus conocimientos la nobleza incaica. Puerta y escudo del dintel fueron añadidos españoles.



El Inca Pachacutec, según un grabado tomado de la portada del libro de Antonio de Herrera, "Historia General de los Hechos de los Castellanos", edición de 1728. (La 1ª ed. es de 1615).

L
ADO
UNDO

sondad de los jueces. Predica el respeto de las leyes y el orden, en lo colectivo como en lo familiar, pues "el indio que no sabe gobernar su casa y familia, menos sabe gobernar la república".

En estas sentencias que recoge con orgullo el descendiente el Inca Garcilaso de la Vega, aunque recelemos algún retoque de su mano, se desprende la extraordinaria personalidad de un varón armonioso, "el más grande hombre que ha producido la raza aborigen de América", según Sir Clement Markham, que bien pudo sobresalir en siglos más tarde en cualquier sociedad moderna. "Una especie de Carlomagno inca, legislador y guerrero", anota Luis Alberto Sánchez. Sí, sin duda, y aun más que eso, un espíritu evolucionado que se adelantó a su época. Fundó pueblos, edificó muchos templos al Sol, unificó la lengua, consolidó sus conquistas, combatió las intrigas, reformó la milicia. Encendió en Cuzco y en Pachacamac, los áureos veladores del culto solar. Y como los reyes de los cuentos, vivió más de cien años entre el amor de sus vasallos.

Cuenta su fin Sarmiento de Gamboa, con tanta epicidad melancólica. Convocó Pachacutec a los Orejones, y rodeado de sus hijos y súbditos, habló a su hijo, y sucesor, Tupac Yupanqui: "¡Hijo!, ya ves las riquezas y grandes naciones que te dejo y que cuánto trabajo me han costado; mira que seas hombre para las conservar y aumentar. Nadie alce los ojos contra ti, que yo, aunque sean tus hermanos. A estos nuestros deudos te dejo por padres para que te aconsejen. Mira por ellos, y ellos te ayudarán. Cuando yo sea muerto curarás de mi cuerpo, y ponerlo has en mis casas de tallacta. Harás un bulto de oro en la Casa del Sol y en todas las provincias de mi reino harás los sacrificios solemnes y a la fiesta del Purucaya, para que vaya a descansar con mi padre el Sol". Y esto acabando, dicen que comenzó a cantar en un bajo y triste tono en palabras de su lengua, que en castellano suenan: "Nací como lirio en el jardín y así fui criado, y como vino mi edad, envejecí, y como había de morir, así me sequé y morí". Y acabadas estas palabras, recostó la cabeza sobre una almohada, y expiró".

El cronista no consigue ser lo bastante objetivo como para no contribuir también a la aureola fabulosa, con este relato fuertemente poético. Tanto, como la estampe que imaginamos, pensando en los regresos victoriosos de su hermano Capac Yupanqui, recibido jubilosamente, después de cada conquista, desfilándose por la ciudad, como lo cuenta Garcilaso: "En medio de los Incas iba el general, y el príncipe a su lado derecho; tras ellos iba el Inca Pachacutec en sus andas de oro": ¿cómo se daría más idea de majestad con más sobrio estilo?

Todo el prestigio legendario que impregna de misterio y nostalgia las ruinas del extinguido señorío, enigma de Macchu Picchu o de Sacahuaman, de Paramonga o de Lurín, se proyecta en torno del singular monarca del Cuzco, dueño de "las cuatro partes del mundo", padre de Cusi-Coyllur, la enamorada de Ollantay: ¿no ha de vérselo hasta en la leyenda que de él se desgaja, como tronco de leyendas él mismo?

Y puesto que la leyenda es la poesía de la historia, ¿dónde más poesía que en cierto episodio que narra con su simpática donosura y deleite en las cosas de su tierra, don Ricardo Palma? Iba recorriendo Pachacutec nuevos dominios, cuando dio en enamorarse de una joven que, enamorada de otro, rehusó el amor del rey. Y —otra vez como en los cuentos—, al despedirse Pachacutec ofreció satisfacer algún deseo que perpetuara su amor y su renunciamento. Fue un extraño pedido el de la muchacha: agua para la comarca. Diez días después, cuarenta mil hombres habían concluido la acequia de Incoca, prueba de respeto y obediencia del señor todopoderoso. La achirana del Inca es también, como símbolo, lo que achirana significa: "lo que corre limpiamente hacia lo que es hermoso".

La sombra de Pachacutec tiene la flúida eternidad del agua que mana todavía.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



El monarca sabio y prudente reverenciaba al Sol. Sus descendientes continuaron su culto. Y el Intihustana, o adoratorio solar, es un lugar sagrado culminante de Machu-Picchu.



¿Qué puede saber del esplendor del Incario, este indio de hoy, tan desvalido como la pequeña llama tan niña como él?



Como en los tiempos del Incario, el indio carga el ventrudo afínalo a la espalda, por los viejos dominios de sus antepasados.

EL MITO DE TALOS



La catedral de Ruvo. Indudablemente uno de los monumentos románicos más interesante de Apulia. Nótese la altura que alcanza en su composición el frente que pareciera ser un preludio de estilo gótico.

TERMINADO el VI Congreso Internacional de Arqueología Cristiana que se reunió en Ravenna a fines de setiembre próximo pasado, nos acució el deseo de cumplir el propósito de visitar Apulia, el territorio que está al sureste de la península italiana sobre los mares Adriático y Jonio. La intención era conocer los lugares de procedencia de los vasos apulianos que custodia el Museo de Historia Natural de Montevideo, ver las colecciones y depósitos de aquella región, consultar a especialistas y poder así corresponder mejor a la confianza con que quiso honrarme la Dirección de nuestro museo al encomendarme para su estudio la espléndida colección de arqueología clásica que con tanto celo, cariño y, diría, con heroísmo, custodia en los reducidos ambientes de su local.

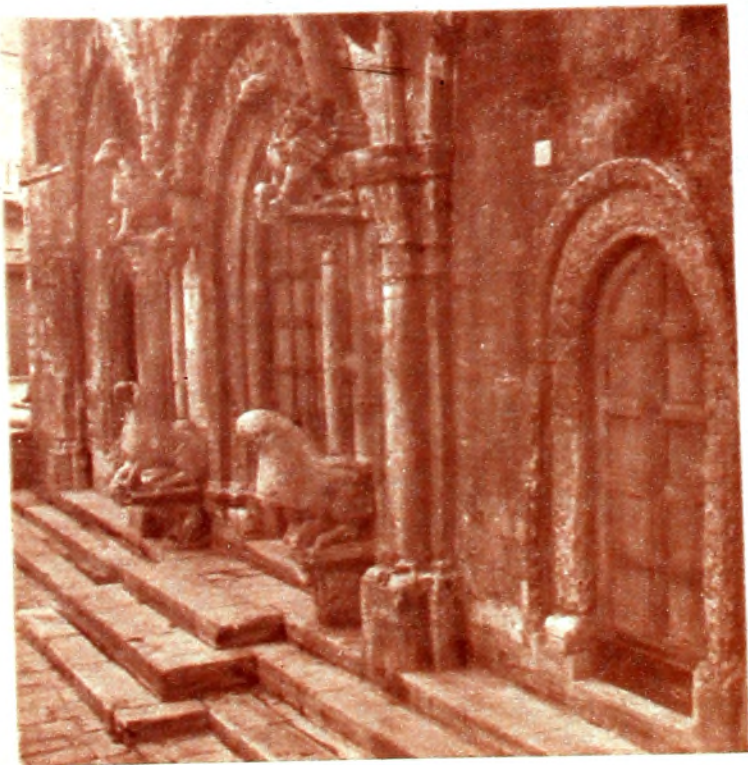
El proyecto era vasto e intenso. Gracias al tesón puesto y sobre todo a los buenos amigos, pudimos cumplir con él.

Una de nuestras metas era Ruvo di Puglia; a ella llegamos por un camino que, partiendo de Molfetta, corre gozoso y claro entre añejos olivares; la mañana era brillante y sobre ella se extendía un cielo profundamente azul, el paisaje de geórgica, la vida activa; también por aquí, por el sur de la península, la prosperidad de Italia y del Mercado Común Europeo era palpable.

Ruvo fue, en la antigüedad, un importante centro de los pueblos prehistóricos que habitaron esa región, Peucetia, y luego, ciudad griega, de la que nos queda el testimonio de sus monedas y sobre todo de su cerámica que, entre la producción clásica, se distingue con un estilo propio. Durante el Imperio Romano llegó a ser municipio y a la caída de aquél pasó bajo el dominio de varias señorías. En la actualidad es centro de una rica región agrícola cuya principal producción son olivos, almendros y cereales.

Habíamos ido a Ruvo con la intención de visitar el Museo Jatta. Este museo custodia una de las colecciones más valiosas que se conocen de vasos apulianos; fue comenzada por Juan Jatta a principios del siglo pasado y notablemente enriquecida con cerámicas provenientes de la región de Ruvo por su hijo —Juan Jatta, 1832-1895—, quien dio a ella un carácter más científico publicando en 1869 el "Catálogo del Museo Jatta" (Stabilimento Tipografico GHIO, Napoli). Los descendientes de aquellos apasionados coleccionistas no se interesaron, o se interesaron muy poco, del riquísimo museo familiar que está alojado en varias salas de la planta baja del palacio Jatta.

Visitar este museo es casi como abrir una tumba, una inmensa tumba preparada para un rico señor; el criterio museográfico del siglo pasado, el aire lento de sus estancias, el silencio que vigila cada vitrina, las le-



Detalle del frente de la catedral de Ruvo. Bellísimos por su fuerza evocativa los leones y las quimeras que marginan el portal central. (Fot. del autor).



Interior del Museo Jatta de Ruvo di Puglia. Sobre las columnas se destacan algunas de las célebres piezas de este museo notándose en ellas su carácter fúnebre por el nicho que centra la decoración del vaso y en el cual se encuentra la figura del difunto "heroizado".

EN EL MAS HERMOSO VASO DE RUVO

presencias sentadas en los rojos sillones tapizados de terciopelo rojo, todo hace que uno tenga la impresión de estar visitando un reposo sagrado. Desde hace un tiempo se va concretando en los estudiosos este deseo de que esta colección sea adquirida por el gobierno italiano y pase a integrar el patrimonio nacional facilitando así el estudio de un material de excepción y logrando de relieve obras maestras de los ceramistas y decoradores apulianos.

El orgullo de la colección Jatta es una gran ática de fines del siglo V a. de C. esmaltada y donde ven los esbeltos un reflejo de la pintura de Polignone, sobre todo la influencia de sus cuadros para el templo de los Dióscuros en Agrigento. En el vientre de esta cratera está representado el mito de Talos, por eso se conoce con el nombre de "cratera de Talos".

Publicamos aquí una fotografía de este vaso para que se pueda, relativamente, apreciar su belleza y seguir la leyenda de Talos, que centra una cantidad de nombres de la mitología.

Talos es el demonio gigantesco —pertenece a la raza de hombres, o superhombres, demonios, de bronce— que Zeus dió a los griegos para custodiar la isla de Creta. Talos, para ello, la recorría tres veces al día y si algún extranjero intentaba desembarcar en la isla, se metía en el fuego y luego, convertido en metal ardiente, abrazaba a la víctima hasta que espiraba. Mas este gigante tenía una vena cerrada por un tapón que en caso de perder éste moría desangrándose.

Cuando los Argonautas volvían de Cólquida, donde habían ido tras el vellocino de oro, quisieron desembarcar en Creta; Talos les alejó a pedradas pero Medea, queriendo ayudarlos, le quitó el tapón que cerraba la vulnerable vena. La escena del vaso representa precisamente el momento en que Talos muere en brazos de Polux, uno de los argonautas; Cástor, otro de la expedición, se ve a caballo a la izquierda del demonio. A la derecha y abajo, está la ninfa que da el nombre a la isla y que huye de ella; detrás, en alto, las figuras de Neptuno y Anfitrite. Todos los personajes están indicados con sus respectivos nombres. La escena se completa en el giro del vaso con la figura solemne de Medea y la nave de los argonautas en la cual se ven tres jóvenes marineros y la escala que ha servido a los expedicionarios para desembarcar en la costa. La figura de Talos está magníficamente modelada con claroscuros (barniz blanco y tierras), recurso que si bien no es raro en la cerámica ática, tampoco es común. Las demás figuras son bellas y gentiles y hasta Neptuno tiene un aspecto elegante y refinado que hace olvidar la olímpica serenidad de los dioses barbudos que el arte creaba unas décadas antes. Ducati decía que, si bien la escena del vaso de Talos es grandiosa y grandiosos son sus personajes, el ennoblecimiento de las formas y el estilo de la decoración dan al conjunto una entonación muy diferente a aquello que se quiso representar. [Pericle Ducati: "L'Arte Classica" (pp. 358-59), U.T.E.T., Torino 1944]. No obstante esta exacta observación de Ducati, no podemos menos, frente a esta cratera, que admirar la habilidad narrativa y el dominio del dibujo del artista que la decoró.



La cratera de Talos, el más famoso vaso del museo Jatta. En el cuello, escena dionisiaca. Nótese la diferencia de tratamiento de la figura de Talos con las otras que componen la escena.

Muchos otros vasos, muchísimos, constituyen también el orgullo de esta colección (cratera con carrera de cuadrigas, ánfora con Antígona frente a Creonte, ánfora con Tetis y las Nereidas que llevan las armas

a Aquiles, etc., etc.) que cuenta más de 1.700 vasos decorados con escenas mitológicas o de costumbres.

Debemos señalar también los muy hermosos vasos que representan en este museo el estilo llamado de Gnathia y que floreció en los siglos IV y III a. de C. Este estilo de cerámica está también presente en nuestro Museo de Historia Natural en cantidad apreciable de ejemplares y muchos de gran calidad.

Una sala del museo Jatta está reservada a exhibir armas y objetos de bronce (escudos, yelmos, espadas, etc.) encontrados, igual que las cerámicas, formando parte de ajuares funerarios en las tumbas de la región de Ruvo.

Otro de los orgullos de Ruvo di Puglia es su catedral, hermosísimo templo de estilo

románico construido en el siglo XIII, uno de los más característicos del sur de Italia. Notables son las esculturas que se ven en el exterior, como la figura del Padre Eterno sentado en trono y dentro de un nicho que se encuentra encima de la rosa que domina la composición en lo alto. No todos ven en esta figura al Padre Eterno pues creen interpretar en ella el retrato del obispo fundador de la iglesia. Su interior —la planta es asimétrica— no se presenta con la cara desnuda fuerza de su pétreo gris exterior; los sucesivos agregados, muchos de ellos de pésimo gusto, han destruido un estilo que ordenaba el templo hacia una liturgia unitaria.

Luis BAUSERO

(Especial para EL DÍA)



Patio del palacio Jatta donde se encuentra instalado el museo. Al fondo, pasada la verja de hierro, se extienden, en un terreno en declive, los bellísimos jardines del palacio. (Fotografía del autor).

PARA la filosofía de las religiones, para la literatura comparada, para el arte, para la historia de las civilizaciones arcaicas, el viejo relato del Diluvio ha visto renovado su interés a la luz de los adelantos y descubrimientos más o menos recientes realizados por los arqueólogos, particularmente en el campo de la asiriología. Hasta el siglo XIX, el único material que sobre el tema conoció el hombre del hemisferio occidental estuvo constituido por los dos textos que, entrelazados entre sí, forman el episodio bíblico de Noé, aparte de algunos manuscritos griegos y latinos, como el de Eusebio, que no nos llega de primera mano (y que resume, a su vez, el del sacerdote babilonio Beroso) así como el relato griego de Abydemos, el latino de Ovidio y algún otro. Los versículos hebraicos, especialmente, fueron entonces rodeados de una aureola de originalidad y se supuso que ese cuento de la Biblia — fantástico, pero hermoso aun en su grandeza terrorífica — verdadera joya literaria en su género, era, no sólo el más antiguo y autorizado relato, sino una prueba documental de la destrucción de la humanidad primitiva, excepción hecha de Noé y su familia.

A la luz de la ciencia del siglo XX se sabe que una catástrofe tal no ha existido, por lo menos desde la aparición del hombre sobre el planeta; no obstante, grandes cataclismos más o menos parciales — considerables inundaciones, maremotos, etc. — han dado lugar al nacimiento de poemas en los que se canta el salvataje de algún héroe o asceta a quien la divinidad preserva de las aguas asesinas, indicándole la manera de construir una barca. Así es como los persas, en el Vendidad narran la salvación de Yima, hijo de Vivaghao, el primer rey iraní; los hindúes, en el Mahabharata y en el Satapatha Brahmana, la de Waivaswata, uno de los Manus, al cual en el Ramayana vemos convertido en Yama, rey de los muertos (o pitris); los chinos, según Conteneau, poseían también tradiciones similares, sin olvidar los diluvios americanos: el maya del Popol Vuh y el nahua del Cantar de los Soles (2ª parte del Códice Chimalpopoca).

Todos estos Diluvios están, sin embargo, más o menos alejados del relato bíblico; los antecedentes de éste deben ser buscados en los textos cuneiformes de Mesopotamia. Por otra parte, las excavaciones practicadas en Ur revelaron que, tras distintos estratos culturales, diferenciados por su cerámica y otros elementos, aparece un estrato estéril formado por aluvión fluvial. Se creyó llegar entonces al terreno virgen; sin embargo, como unos tres metros más abajo, volvieron a aparecer nuevas capas reveladoras de existencia de cultura anterior (la del tipo de El Obeid). Esto indica que una inundación desproporcionada destruyó aquella zona de cultura. Si las aguas alcanzaron una altura de siete metros, es evidente que en un país llano, como lo es Mesopotamia, la inundación puede haber sido de unos 500 kms. de largo por unos 150 de ancho; a mayor detalle es recomendable, en español, el trabajo de Menghin "El diluvio bíblico a la luz de la ciencia". Por otra parte, en la ciudad de Kish, que fue excavada por Langdon y Watelin aparecieron depósitos de arcilla fluvial, intercalados entre estratos reveladores de cultura; la sincronización, como señala Conteneau, podría hacerse entre el Diluvio de Ur y el primero de Kish; también en las excavaciones realizadas en Shuruppak se observa un depósito de inundación contemporáneo del de Kish. ¿Son

estas tragedias las que provocaron los poemas mesopotámicos del Diluvio? ¿Fueron, como lo piensa J. de Morgan, el recuerdo, en el hombre protohistórico, de la catástrofe producida en Eurasia a fines del Pleistoceno medio (8.000 a J. C.)? ¿o es ésta una fecha demasiado lejana? ¿No resultaría más admisible tal vez la hipótesis de Peake que coloca el motivo que originó la poesía del Diluvio — embellecida, en su tensión dramática, con leyendas abundantes en elemento maravilloso y con alusiones éticas — en la fase glacial menor del 4500? ¿Sería mejor inclinarse ante la posición de Le Danois, la que permite emparentar los poemas sumero-accadios con las tradiciones polinesias y por ende, de la América prehispanica? Orillemos esas cuestiones eruditas y vayamos al tema nuestro: la existencia de antiguos cantares referentes a destrucciones de la humanidad y su posible utilización por el redactor o redactores del Pentateuco.

El descubrimiento, hecho en el Museo de la Universidad de Filadelfia, de un fragmento de tablilla de barro cocido — proveniente de las excavaciones de Nippur — y publicado en 1914 por Arno Poebel es, como lo señala acertadamente Kramer en su síntesis de divulgación "La historia empieza en Sumer" el testimonio de que el Diluvio es un tema originario de la literatura sumeria o sea de la más antigua de las que se conocen en Mesopotamia. De este documento, único que en tal idioma se conoce, sólo se ha conservado el tercio inferior de una tablilla que contiene tres columnas en el anverso y tres en el reverso. Pero, aunque mutilado, sirve — repito — para demostrar que el tema del Diluvio es de filiación sumeria. El salvado de las aguas se llama allí Ziusudra (o Ziusuddu) nombre que en aquella lengua significa: "día prolongado de vida"; dicho héroe, advertido por el dios Ea, construye su embarcación y tras salvarse, es llevado por la divinidad a habitar en una región mítica — aunque tal vez localizable geográficamente — llamada Dilmun, especie de Edén sumerio. Este poema del diluvio — como señala Kramer — no es un cantar independiente, sino que forma parte de un texto cosmogónico.

Destruída la cultura sumeria, sus poemas no mueren o si mueren renacen en hermosos avatares, en los cuneiformes grabados sobre tablillas de barro cocido, ya posteriores en el tiempo, pero todavía de antigüedad venerable, pues son contemporáneos de la primera dinastía de Babilonia. La más completa, sin embargo, de las versiones sobre el Diluvio, es un poema redactado en idioma accadio, interpolado en el Cantar de Guilgamesh, del cual llena casi toda la tablilla XI (cantar al cual dedicamos el artículo del 6 de enero de este Suplemento). En dicho poema, el héroe que ha hallado gracia de la divinidad se llama Ut-Napishtim, que significa "día de vida", o sea que es la traducción, aunque abreviada, en accadio, del Ziusudra sumerio. Aparte de estos textos, hay cantidad de fragmentos de otras tablillas de arcilla cocida, que permiten conocer agregados o variantes. Señalaremos,

LOS POEMAS MESOPOTÁMICOS DEL DILUVIO Y SU INFLUENCIA



Cabeza de rey de Babilonia (siglo XVIII a.C.)



Cilindro de arcilla (mediados del 3.000 a.C.). Reproduce una escena de "La Tentación", motivo sumerio que tal vez haya inspirado al redactor bíblico.

particularmente, aunque de modo muy somero, la versión interpolada en el Cantar de Guilgamesh.

El verdadero nombre de este poema épico es "Sha nakba imura" o sea: "Aquel que vio el fondo de las cosas..." porque en Mesopotamia los textos cuneiformes eran titulados según sus palabras iniciales; del mismo modo, el que a veces, impropriamente, designamos como "Poema de la Creación" era llamado "Enuma elish...", porque su verso inicial es:

"Enuma elish la nabu shamamu..."

que significa:

"Cuando en la altura el cielo no tenía aún nombre..."

Recordemos el artículo anterior: Guilgamesh, en busca del secreto de la vida, tras la trágica experiencia de la muerte de su amigo Enkidu, ha llegado, navegando en la barca de Ur-shanabi, a la lejana isla del Apsu — el Océano — donde vive Ut-Na-

pishtim convertido en inmortal, tras ser salvado del Diluvio por el dios Ea.

Guilgamesh contempla a su venerable antepasado y no lo halla diferente a él mismo. — "Eres igual a mí", le dice; "así, ¿cómo has podido presentarte ante la Asamblea de los dioses para pedir la inmortalidad?"

Ut-Napishtim le cuenta entonces el relato de la destrucción del mundo por las aguas que, aunque inspirado en el tema sumerio, presenta variantes que lo hacen más con el texto bíblico. El narrador relata que habitaba en Shuruppak — las listas reales lo señalan, ya como el último rey de esta ciudad, ya como hijo de Ubar-Futu, su postrer monarca. La Asamblea de los grandes dioses: Anu, Enlil, Ninurta, Enuggi y Ea resolvieron o consintieron — el texto es algo confuso — provocar el Diluvio. Pero así como en la Biblia Jehová decide salvar a Noé, es Ea en los versos

MESEOPOTAMICOS ANCIA SOBRE LA BIBLIA

gerse ante el Diluvio. Las aguas, siempre crecientes, amenazan a los dioses y éstos "cobran miedo al Diluvio; huyen, suben al cielo de Anu; los dioses, acurrucados como perros se esconden".

Más patética es tal vez la desesperación de la diosa Istar; ella es deidad del amor y de la fecundidad; sin embargo, en un raptó de locura, también parece que aprobó la destrucción de las especies sobre la tierra y ahora se arrepiente:

"La diosa Istar se pone a clamar como una mujer parturienta; la s...na de los dioses, de bella voz, arroja gritos:

— Que se cambie en lodo el día en que yo proferí aciagas palabras en la Asamblea de los dioses; ¿por qué he pronunciado esas aciagas palabras en la Asamblea de los dioses? ¿Por qué he decretado el asalto para la pérdida de mis gentes? ¿Es que yo, verdaderamente, he dado la luz a mis gentes, para que, como los hijos de los peces, llenen los mares?"

En tanto, durante siete días y siete noches el viento y la tromba se abaten sobre el país, pero a la mañana del séptimo día el Diluvio cesa. Dentro de la barca, la primera sensación es la de ausencia de ruido; dice Ut-Napishtim:

"el ruido había muerto; la totalidad de los humanos se habían convertido en fango".

La segunda sensación es la de luminosidad: Ut-Napishtim abre la ventana y la luz cae sobre su mejilla; tras esto, asoma el sentimiento, lo emocional:

"desfallecí y quedé sentado, llorando".

Luego, una sensación visual, desoladora: no se ve más que un mar barroso y el lodazal por encima de los techos de las casas, sepultadas. Más lejos, sobre las aguas, Ut-Napishtim divisa la montaña armenia de Nizir — también Noé desembarcó en las de Armenia —. Durante seis días estuvo la barca en la montaña de Nizir y al séptimo Ut-Napishtim comenzó a actuar. En ambos relatos se arrojan tres aves — procedimiento que, como señala M. David en "Le récit du Déluge et l'épopée de Gilgamesh" era usual en la navegación antigua para hallar la costa por la orientación del vuelo de los pájaros —. Noé lanza un cuervo y dos palomas; Ut-Napishtim arroja un cuervo, una paloma y una golondrina. Ambos héroes, al descender a tierra, hacen sacrificios y quemar incienso. Ut-Napishtim es llevado a una isla, en la desembocadura de los ríos y convertido en inmortal, al comer de la planta de la vida.

En esta síntesis apretada no se puede expresar sino un concepto muy somero de este tema, pero quizás quede la convicción de que cuando Abraham residió en Ur o en cualquier otro momento, es posible que los grandes poemas de Caldea; el de la caída del hombre, el de la torre de Babel, el que hoy nos ocupa y aún otros, fueran conocidos por los hebreos e inspiraran algunos de los hermosos cantares y relatos cosmogónicos de la primitiva literatura de Israel.

(Especial para EL DIA) *Hjalmar BLIXEN*



Cabeza de divinidad de Mesopotamia.

Pero Ut-Napishtim jamás había hecho una barca; entonces ruega a Ea que le dibuje el plano de ella sobre la arena, cosa que el dios hace. La construcción recuerda la del arca bíblica:

"Al quinto día dibujaba los contornos de

la embarcación;

sus lados tenían una altura de ciento

veinte codos;

en consecuencia, ciento veinte codos eran

las dimensiones de su puente.

La forma de la proa, la dibujé y forme;

la enclavé seis veces.

Dividí su altura en siete compartimientos,

partí su interior en nueve; amontoné su

calafateo;

seis medidas de breña hice verter sobre

el casco;

tres medidas de asfalto hice verter en su

interior..."

Ut-Napishtim explica a los hombres de Shuruppak, la antigua ciudad, que el

dios Enlil — verdadero causante del Diluvio — se ha hecho su enemigo y que va a huir al Apsu, a una isla lejana, para habitar con Ea, su dios. Llega el día fijado para la destrucción; los hombres contemplan el cielo, sobrecogidos de terror; en medio de una semi tiniebla empieza a llover "kukku" por la mañana y por la tarde, "kibtu". Una nube negra se agranda en el fondo del cielo y el dios Adad la engrandece todavía más. Entonces, el dios Ninurta hace abrir el depósito de las aguas del cielo; los pueblos de Mesopotamia, como todos los antiguos, creían que el cielo era un mar de arriba; recordemos el versículo bíblico: "a las aguas de arriba llamó cielos y a las aguas de abajo llamó mares". La sensación de tiniebla se expresa por estos versos:

"el hermano no vio más al hermano;

las gentes no se reconocieron más..."

Esas deidades primitivas del panteón sumerio y babilonio llegaron también a sobreco-



Gilgamesh en combate con un león.

la Nakba Imura (o Cantar de Gilgamesh) quien, colocándose junto al muro de la casa de Ut-Napishtim, le comunica en secreto y le incita a salvarse:

— ¡Shuruppak, hijo de Ubar-

!Futu;

¡construye un navio;

¡abandona las riquezas y busca la vida.

¡No es lo que posees y salva la vida!"

— ¡Ordena, así, que prepare un barco

proporcionado — cuyas medidas le

daré y que lo cubra de techo; barco que

debe llamarse "Guardián de la Vida"

— ¡Agrega:

— ¡En el tiempo que yo te fijaré

entrarás en la barca y cerrarás la puerta;

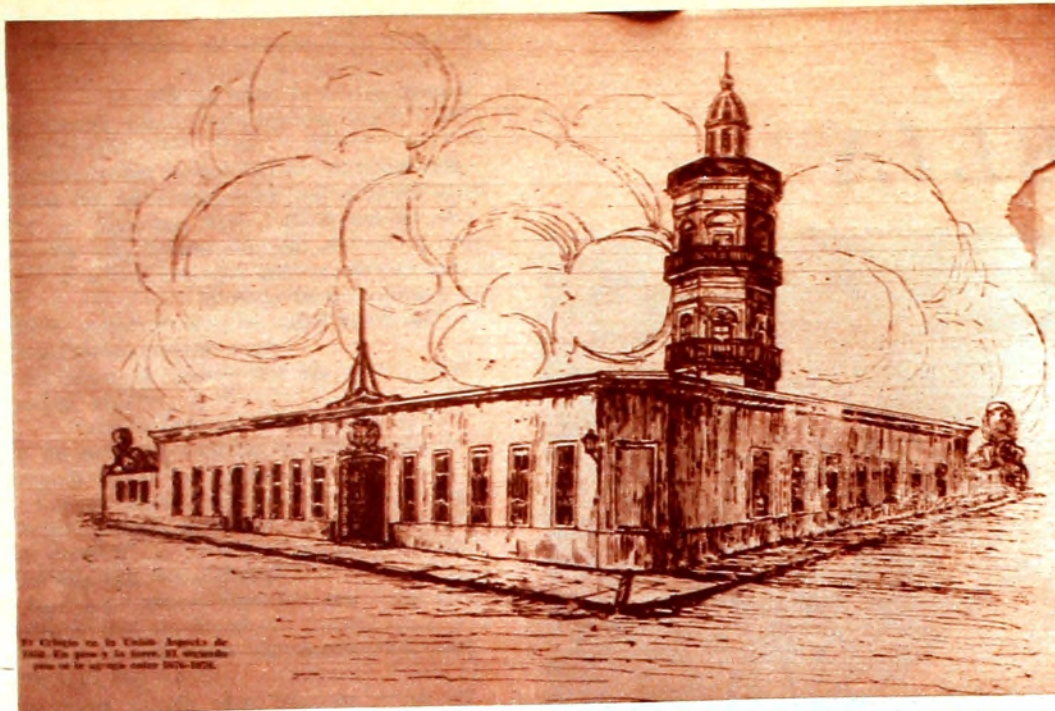
(¡o sea) en el interior tu grano, tus

riquezas,

tu familia, tus parientes, artesanos,

tu ganado mayor, bestias salvajes

tu abundancia de herbaje".



Colegio de la Unión, hoy Hospital Pasteur, en 1850. Un piso y la torre. Allí daba clases de latín el maestro Landa a sus discípulos.



Visca bachiller, foto del 8 de febrero de 1861. Tenía 21 años; hacía cinco que había dejado el latín.

FERMIN LANDA, MAESTRO DE LATIN DE PEDRO VISCA

¿QUIEN fue Fermín Landa?

Un personaje que no ha dejado rastros de su vida, y del que sabemos solamente que fue maestro de latín en el Colegio de la Unión en la mitad del siglo pasado.

Lo sabíamos por un cuadro-homenaje que nos llevó Pível Devoto a la Comisión de Nomenclatura del Concejo Departamental, y del cual ese hombre que conoce cuanto puede saberse de los hombres que han vivido en nuestro país no tenía ninguna noticia.

En ese cuadro hay una carta fechada cuando a Idiarte Borda le restaban pocos meses de vida, y concebida en esta forma:

—“Al doctor en Medicina y Cirugía señor Juan Angel Golfarini: el que suscribe, recordando que el discípulo que conoció joven, de trece años de edad en la clase de latín, siempre alegre, se ha agigantado en la vida civil como apóstol de la ciencia y más que hombre científico, por su gran corazón, que abraza los más nobles sentimientos de caridad y fraternidad, se enorgullece de haberlo contactado entre sus discípulos y contarle hoy en re sus amigos, y con tal motivo se permite dedicarle este cuadro conmemorativo del histórico Colegio de la Unión que fue suprimido el año 1857. — Montevideo, el 15 de enero de 1897”.

El doctor Golfarini, que vivía entonces en Buenos Aires contestó a su maestro, que se hospedaba en los altos de una pobre casa de la calle Mercedes 207 en nuestra ciudad, en forma cordial.

“Mucho le agradezco el envío de algunos de sus escritos y aun cuando no soy del todo partidario de sus opiniones, aplaudo al patriota y buen español.

“Ya hemos de tener ocasión de hablar de esas y otras muchas cosas y recordar el Colegio de la Unión.

“En ésta tiene usted muchos amigos, uno de ellos Agustín de Vedia, con quien más de una vez lo hemos recordado con cariño.

“Esperando sus órdenes, lo saluda su discípulo y SS. — Juan Angel Golfarini. S/c. Defensa 666”.

El cuadro contiene los nombres de los discípulos con que contó en la Unión don Fermín Landa. Son los siguientes:

Fortunato Flores, Joaquín Requena, Ildefonso Fernández García, Venancio Flores, Nicasio Guerrero, Heraclio Salvañac, Jaime Illa, Francisco Bauzá, Manuel Vidal, Francisco Bustamante, Agustín Larravide, Pedro Bauzá, Manuel Illa, Martín Cosío, Juan Pedro Salvañac, Bonifilio Guerrero, Juan Angel Golfarini, Pedro Visca, Remigio Castellanos, José María Vilaza, Martín Berinduaque, Diego Pérez, Máximo Azorín, Manuel Melgar, Gervasio Burgueño, Tomás Burgueño, Ramón Tajés, Santiago Sayago, Manuel Larravide, José Vázquez, José Requena y García, Alvaro Salvañac, Juan José Justo, Florentino Castellanos, León Pérez, Agustín de Vedia, Juan Francisco Moratorio, Pedro Vázquez, N. Benavente, Eduardo

Algorta, N. García Leguisamón, Norberto Aguirre.

Son en total 46 alumnos, de los cuales subrayamos los nombres de aquellos que más tarde se distinguieron de una manera particular.

EL Dr. JUAN ANGEL GOLFARINI

Nació en Montevideo el 23 de junio de 1838. Cuando en 1897 le escriba su maestro de latín, iba a cumplir sesenta años.

Hace 23 años escribí una semblanza del doctor Pedro Visca en la que decía:

“En la plaza de nuestro pueblo aprendió Visca en la adolescencia a recrearse en la conversación, placer estético que siempre antepone a cualquier otro ejercicio del espíritu. Se aislaba con un pequeño grupo de compañeros y junto al estanque central, teniendo a sus ojos los bajos muros del Colegio y la iglesia, conversaba. Sabía gustar un buen libro. Pero lo excitaba el diálogo con camaradas de inteligencia despierta. Distinguía entre todos a Juan Angel Golfarini y a Agustín de Vedia.

“Azuzábalos el buen maestro, previendo que del choque de esas ideas en remolino, habrían de surgir, rápidas y certeras, las contradicciones, en ese grupo selecto, que se jerarquizaba, ejercitándose. Cuando retornaban al Colegio, cumplido el pequeño descanso, el bueno de don Juan Manuel Bonifaz se frotaba las manos. Tal vez soñara, frente a sus muchachos, en un resurgimiento de las antiguas academias apolónicas.

Al más díscolo de los cinco inseparables, Fortunato, hijo del coronel Flores, el maestro español, que solía hacer sus viajes del brazo de Montaigne, pudo apaciguar cierta vez, con estas palabras del galo:

—“Ten tu atención despierta, no tu cólera”.

Estas conversaciones fueron fortaleciendo al adolescente que ya apuntaba como un espíritu superior.

No separó la Universidad al grupo del Colegio. Ahora dirigía sus estudios un canónigo español que se deleitaba con el espectáculo de esos muchachos que parecían estar siempre en pie de guerra.

Una tarde oyó a Visca defender un principio y rendirse luego bajo la certera argumentación de Martín Berinduaque. Con emoción le tendió la mano el sacerdote Magesté, que era el nuevo maestro, profundo conocedor de los clásicos. Era “un triunfo ante el raciocinio de su adversario, triunfo que debía dejarle más satisfecho que si lo hubiese obtenido sobre su flojedad”.

Como se ve, en el grupo figuraban Juan Angel Golfarini, Agustín de Vedia y Martín Berinduaque, compañeros inseparables de Visca en el Colegio de la Unión.

Juan Angel Golfarini fue médico, filántropo y hombre público. Sigo al doctor J. M. Fernández Saldaña en su ficha del Dic-

cionario de biografías uruguayas, con lo que me hago un honor en recordar una vez más al amigo y maestro.

Cuando nació Juan Angel, su padre, oficial de Oribe en la Guerra Grande, lo puso en la escuela de Guadalupe, donde sobresalió en gramática. Luego pasó al Colegio de la Unión que era la Universidad Menor de la República. Su carrera fue interrumpida al ausentarse la familia para la Argentina.

Cursaba cuarto año de medicina, cuando fue como cirujano a la guerra del Paraguay, atendiendo a todos los heridos, aliados y paraguayos de la batalla del Yatay. Se recibió de médico en 1868 con una tesis que intituló “La vida y la muerte”.

Sin residir en el país, pero visitándolo año a año y manteniendo relación estrecha con los uruguayos y la vida nacional, nacionalista militante, siguió la marcha de nuestra política y formó en todos los comités y juntas revolucionarias organizadas en la Argentina.

Alguna vez las llegó a presidir y en su sostenimiento y en trabajos políticos gastó mucho de lo que acaso pudo ahorrar.

En recompensa moral a estos servicios al Partido, sus correligionarios lo proclamaron candidato a la Presidencia de la República, y lo votaron para tan alto cargo en la elección del 1º de marzo de 1919. La victoria del candidato colorado, doctor Baltasar Brum, estaba sin embargo descontada, y el

doctor Golfarini tuvo el buen tino de declarar que sólo en la inteligencia de un triunfo imposible, y en cuanto que reflejaba en su honor accedía a aquella proclamación —que si fuera a tener visos de éxito habría rehusado —“pues ni sus años ni su alejamiento del país le permitían pensar en ser Presidente de la República”.

Un año más tarde, su noble antagonista del 1º de marzo le confirió el cargo de Médico Mayor Honorario del Ejército de la República, asimilado a General de Brigada. El doctor Golfarini vino a Montevideo en el mes de octubre, y en una emotiva ceremonia que tuvo lugar en el Hospital Militar, el Presidente Brum le cedió el fagón blanco y celeste de general uruguayo.

Con este motivo el viejo emigrado, amigo de todos los compatriotas, fue objeto de numerosos y sentidos homenajes, tras los cuales regresó a su modesto retiro de Buenos Aires, donde tenía grado de coronel militar retirado.

Admirable por su lúcida inteligencia y su robustez física conservadas hasta la víspera de su muerte, el doctor Golfarini fue un “causador” entretenidísimo, cuya excelente memoria se complementaba con un espíritu irónico y lleno de leves causticidades.

Falleció en la capital argentina el 1º de agosto de 1925”.

FINAL DE UN HOMBRE

¿Quién era, en realidad, este modesto maestro de latín, del que apenas se conserva su nombre, y tuvo como discípulos a los doctores Pedro Visca, a Martín Berinduaque, a Juan Angel Golfarini y a Agustín de Vedia?

Vino de España al Uruguay en 1855, y ese mismo año entró en el Colegio de la Unión, actualmente el Hospital Pasteur, hasta el año 1857, en que se cerró la Universidad Menor de la República.

Luego empezó su carrera de judío errante, que no la terminó sino con la muerte.

Fue maestro en el Rosario Oriental, Colonia, Salte, Concepción del Uruguay, Gualeguaychú, Canelones, Migueles, Maldonado, Florida y Matarón de Solís.

No sólo fue maestro sino que fue recaudador de las contribuciones directas de Montevideo, maestro del Colegio de los Esculapios, administrador del hospital de coléricos de Guadalupe durante la epidemia de 1868.

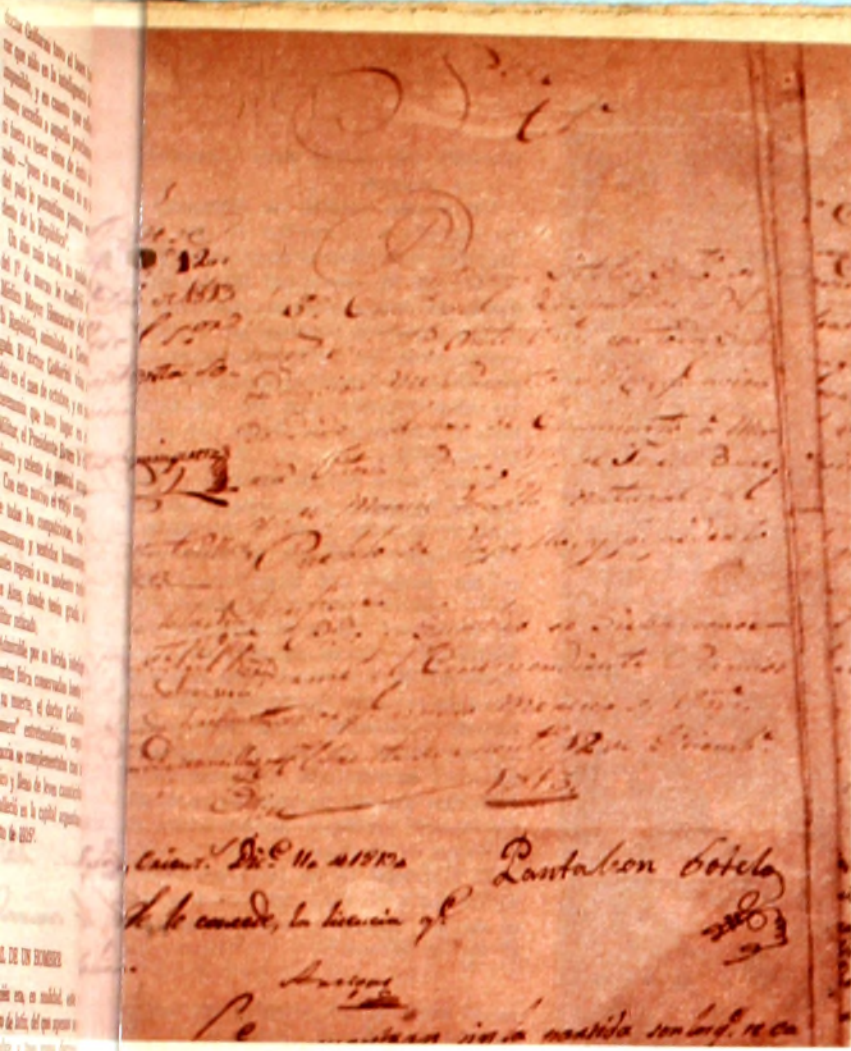
Estos datos son sacados de la autobiografía que dejó escrita y cuyo manuscrito le fue facilitado a don Carlos Seijo por el Padre Guillermo Furlong que está en la Argentina.

En la página 328 de Maldonado y su región, que me fue obsequiado por don Leonardo Danieri, encontré esta noticia sobre Fermín Landa:

“Tomé posesión de una nueva casa y a los pocos días de estar en ella, me fue a visitar el mayor don Máximo Santos. Le mostré las habitaciones todas del edificio / deteniéndome en una me dijo: Hay muchas piezas, ¿no podría cedermela ésta y la



En esta casa en la Unión, calle Juanicó entre Lindoro Forteza y General Félix Laborde, casó el General Máximo Santos con Teresa Mascaró, hija del pueblo, nacida en el molino del Galgo.



Facsimil de la licencia matrimonial de Pantaleón Sotelo — diciembre de 1813 — para contraer enlace con María Victoria, natural de Yapeyú. El trámite oficial castrense se cumplió según orden jerárquica, y luce la resolución superior que dice: "Se le concede la licencia q.ª solicita. Artigas".

Facsimil de la licencia matrimonial del indio Miguel Sillu (Siyú), del Pueblo de Corpus de Misiones, para contraer enlace con Gabriela Cuñanbuy, natural de Yapeyú. La concedió el comandante don Manuel Francisco Artigas y el decreto superior dice: "Permitase el uso de esta Licencia. Artigas".

DEL EJERCITO ORIENTAL Y FAMILIAS DEL EXODO EN 1813

CONSIDERADAS las graves dificultades de naturaleza militar y política que obstaculizaban la marcha del ejército de Artigas hacia la plaza de Montevideo, las fuerzas patrias y últimos núcleos de las familias del Exodo arriban al asedio el día 22 de febrero de 1813.

Francisco Acuña de Figueroa, el joven jefe oriental de la colonia, evoca ese fausto acontecimiento en su "Diario Histórico", al describir el animado espectáculo milionario que avisoro desde las almenas de la ciudadela lo traduce en versos que transmiten verdad y emoción.

Las once del día en el Cerrito
ocurren salvadas las tropas enemigas.

En grande ostentación baja formado

—¿Si señor — le contesté — y el
ángel: Porque pienso ir a Montevideo a
contraer enlace y volver con mi esposa para
quedarme aquí un par de meses. — Muy bien,
cuando usted vuelva la encontrará arregla-
do convenientemente.

Yo tenía en aquel tiempo en Maldonado
un habilitado con posada en la plaza
allí saqué lo mejor de todo para arre-
glarlo al cuarto como lo había prometido.
Me fui a Montevideo y volví, viviendo tran-
quilamente y hasta libre del bullicio que
se producía en la escuela, por haberla he-
cho mantener con el mayor silencio posi-
ble durante dos días.

El mayor Santos estuvo muy correcto
y cuando y después de un mes y días regresó
a la capital, manifestándome su agradeci-
miento con una cariñosa despedida.

Después de algún tiempo de estos sucesos nos
reunimos en Montevideo y me reiteró su
reconocimiento por las atenciones que
me había dispensado.

Más tarde nos vimos a encontrar en
la calle 18 de Julio y se paró con los dos
caballeros que llevaba para saludarme.

Entonces ya era Ministro de la Guerra.
Nos hablamos y al despedirme me dijo:
—Deseo servirlo, señor Landa; ocúpeme
de su franqueza.

Santos fue siempre consecuente con sus

El oriental ejército de Artigas (1)
En columnas ecuestres de lanceros,
O armados de latón y carabina.

A los valientes huéspedes doquiera
Saludan con descargas repetidas
Las tropas de Rondeau; y el concurso
Altas exclamaciones profería.

De la presencia del ejército y familias
orientales en el Segundo Sitio de Montevi-
deo quedan significativas y no exhumadas
huellas históricas, que nos descubren inter-
esantes aspectos íntimos de su vida.

Con Artigas entran al país y se incor-
poran al sitio las tropas y familias indi-
genas que se le habían reunido durante
su permanencia en el Ayuí. Provenían de
Corrientes y antiguos pueblos misioneros,
y entre ellos —jóvenes aún— se encuen-
tran sus caudillos aborígenes, los de mayor
nombradía, ya para siempre incorporados o

amistades, tanto que en su estado de Mal-
donado, habiendo mantenido estrecha ca-
maradería con Honorio Fajardo, entonces
Jefe Político y de Policía del Departamen-
to, éste lo nombró padrino de uno de sus
hijos. Poco después aquél lo obsequiaba con
la cesión por diez años, de los derechos
para la matanza de lobos, en comandita
con otros de sus amigos".

Hasta aquí es una breve y correcta nota
sobre Landa.

Luego agrega este dato que copio por-
que da un informe notable sobre el General
Santos, Presidente de la República!!!

Dice que "cuando Santos se hallaba a
bordo en el Puerto pronto para marcharse
de regreso a la capital, alguien le recuerda
su olvido al no despedirse del coronel Fa-
jardo. Mas ya era tarde, pues habían sol-
tado la amarra.

—No veo dificultad ninguna — dice el
general — e inmediatamente salta a un bote
dirigiéndose a la playa.

"Embicada la falúa a tres metros de la
costa y encaramándose sobre las espaldas
de un rolizo marino, éste lo deposita en
tierra. En ese momento, desde a bordo se
percibieron claramente los vivas a Santos
lanzados por el pueblo".

"De aquí se comprende — termina Lan-
da — cómo por el afán de cumplir un acto

su destino y gloria.

A la vera del campamento patrio, junto
al Camino Real, sobre la cuchilla que en-
cuadra los aledaños de la ciudad sitiada, la
multitud fija su asiento con renovado espi-
ritu bélico, y en los hogares que la guerra
congregó a la sombra tutelar del ejército
la existencia se desenvuelve con la natu-
ral plenitud de siempre. Nada retendrá su
ritmo humano. Y entre aquel pueblo en
armas y familias envueltas en los tremen-
dos sufrimientos de una lucha devastadora
y cruenta, la vida florecerá con renovados
frutos, carne de su carne, hijos que nacie-
ron en horas tan amargas, bajo el signo
heroico de la Patria y por ella ungidos.

Y otros nuevos hogares se constituirán
en el campo militar del asedio.

Son hombres y mujeres —criollos e in-
dígenas— que unen sus amores, ilusiones y
esperanzas.

de cortesía frente a sus amigos — que in-
vestido del rango presidencial — no titu-
beaba en hacerse ver en tan grotesta y
ridícula postura".

Esta situación del General Santos, Pre-
sidente de la República, tuvo la virtud de
ser contada en el libro de Seijo por boca
del maestro de latín don Fermín Landa.

Fue su mayor castigo...

En su puesto de catedrático de latín
Fermín Landa ganaba cincuenta pesos men-
suales. Pero no se jubiló nunca.

El mismo lo proclamó en una hoja de
papel que no lleva fecha.

"Sin jubilación por no estar enfermo.
Pidió su retiro del servicio público y le fue
concedido con el premio otorgado de la
Ley por dictamen del Sr. Fiscal de Gobier-
no el ilustrado doctor don José M. Mon-
tero".

Estas palabras son seguidas por las si-
guientes:

"Se ocupa de algunos trabajos profesio-
nales en la enseñanza y como perito cali-
grafo por nombramiento de los señores
Jueces".

M. Ferdinand PONTAC

(Especial para EL DIA)

Las particularísimas circunstancias histó-
ricas que rodearon estos sucesos les otorga
un hábito de espiritual significación, como
recios testimonios humanos de la entereza
vital de un pueblo.

De aquellos hogares acaecimientos, pro-
tagonizados en el seno de las familias y
pueblo que el ejército oriental protege, nos
quedan preciosos recuerdos documentales.

Son las partidas de bautismo de los que
nacieron en horas tan solemnes y las li-
cencias matrimoniales castrenses del ejérci-
to oriental, que lucen los respectivos testi-
monios eclesiásticos de los casamientos ce-
lebrados en el campo militar.

El viejo libro que guarda tan extraordi-
nario rimerio de noticias se custodia en el
archivo de nuestra Iglesia Catedral, y co-
rresponde agradecer a su eminente Párrico,
mi ilustre amigo Monseñor D. Luis R. de
Santiago, el haber podido llevar a término
su querido examen.

De su estudio cabe decir que alcanzan
a 149 los niños bautizados en el año de
1813 por el P. Fray Eugenio Aguirre, en la
Vicaría del Ejército del Río de la Plata,
a cargo del P. Bartolomé Muñoz.

Son hijos de padres orientales, de indios
misioneros y de negros y pardos esclavos
cuyos vástagos nacían "Libres por la Pa-
tria". De entre los primeros algunos son de
origen conocido, ya que el nombre de sus
progenitores figura en el histórico "Padrón
de las Familias emigradas de la Vanda
Oriental..."

En cuanto a las licencias matrimoniales
castrenses (2) tramitadas por soldados del
ejército de Artigas corresponde decir que
son, éstos, los únicos testimonios originales
que se conservan. De entre otras destacaré
ahora, con particularísimo interés, las li-
cencias matrimoniales de seis indios, de vi-
gorosa trayectoria militar en los anales del
arriaguismo, mártir de la Patria uno de ellos,
y todos soldados heroicos de nuestra Li-
bertad y de la redención social de América.
Son: *Francisco Sotelo*, natural de Santo
Tome, sargento de la 3ª Compañía del Re-
gimiento de Blandengues Orientales en
aquel año de 1813, sacrificado en la san-
grienta batalla de Tacuarembó, cuando ejer-
cía el alto cargo militar de Comandante
General de las Misiones, su tierra natal.
Basilio Cari, natural de Santo Tome, sol-
dado de la 8ª Compañía del Regimiento
de Blandengues. *Miguel Siyú*, nacido en el
Pueblo de Corpus de Misiones, soldado de la
3ª Compañía de la 2ª División
de Infantería Oriental. *Tomás Ayua*, origi-
nario, también, de Santo Tome y soldado
de la 4ª Compañía del Piquete de Caba-
llería Oriental. *Manuel José Ledesma*, del
Pueblo de Santiago, Misiones, soldado al
mando del capitán de Granaderos del Re-
gimiento de Blandengues, don Rufino Bau-
zá, y *José A. Guenara*, indio correntino, sol-
dado de la 1ª Compañía del Regimiento de
Blandengues Orientales, "del que es Cor. el
señor Lda. José Artigas".

El régimen castrense de licencias matri-
moniales, de muy antigua data y firme
tradición en el ejército español, se aplicó
en América a partir del siglo XVII y man-
tuvo vigencia hasta algunos años después
de consumada la Independencia.

Al recordar hoy su aplicación en el ejér-
cito oriental de Artigas —todas las li-
cencias lucen la firma y resolución del prócer—
podemos destacar el orden y organización
que privaron en sus filas, aun en épocas
de aguda actividad bélica.

Ariosto FERNÁNDEZ

(Especial para EL DIA)

(1) Compañías del ejército oriental, en la hora
de su arribo al Segundo Sitio, las divisiones
al mando de Manuel F. Artigas, Fernando
Oteguía (Dragones de la Libertad), de Fran-
cisco Rivera, de Baltazar Oyeda, de Blas Ba-
nza y la de D. Pedro Viera. Entre los
capitanes de la división al mando de Manuel
Francisco Artigas venía don Basilio Fernández,
mi abuelo.

(2) Las licencias matrimoniales que figuran en
el libro parroquial fueron solicitadas por los
siguientes soldados: Roque Urra, de la Com-
pañía de Don Andrés Perreyra; José Rodríguez,
de la 1ª Compañía del mando de Baltazar
Oyeda; Gabino Gorría, de la 2ª Compañía del
Regimiento de Artillería; Alejandro Quiriga
(sargento de 2ª clase), del Regimiento de Ar-
tillería; Antonio Baiz, de la 1ª Compañía de
la 1ª División de Caballería Dragones de la
Libertad, del mando de don Fernando Ote-
guía; Manuel Gallano, de la Compañía de In-
fantería Oriental, del mando de D. Adrián
de Medina; Domingo Luna, de la 2ª Com-
pañía de la 2ª División de Infantería Oriental;
Juvén Velasco (sargento), de la 2ª División de
Infantería Oriental; Policarpo Montero, de la
1ª Compañía de Infantería; Juan de la Cruz
Acevedo (sargento 2º), de la 2ª Compañía
de la 2ª División de Infantería; Félix Sánchez,
de la 2ª División de Infantería del mando de
Dn. Felipe Duarte y Mariano Núñez, de la
1ª Compañía del mando de Artigas.



Panorama de Toledo.

Si Greco vio a Toledo para retratarla o interpretarla, así en su paisaje longitudinal y anguloso, como en el círculo adamasquinado con que el Tajo la estrecha; si conoció a sus caballeros de barbas agudas, para llevarlos a los cuadros en los que se levantan para siempre, ceremoniosos y tristes, la mano al pecho, las cabezas como eternas avellanas de pensamiento, con luz pálida — la de la luna de Toledo — en las gorgueras aplanchadas y en las frentes amplias, Maurice Barrés es el que va en pos del secreto del Greco, que vale decir tanto como el de la ciudad “de la ilustre pesadumbre de antiguos edificios adornada”, y Gregorio Marañón el que llega después para recapitulaciones que, en tratándose de Toledo, no pueden solamente rozar profundamente la superficie de los lugares y de las cosas, puesto que reclaman exegética, internación, como si fuera de inteligencia líquida, en los cimientos toledanos, del mismo modo como el río los bisela y contornea; entrevistas profundas con la muerte y resurrección del conde de Orgaz; paseos por su breve panorama en donde, sin embargo, se entremezclan, como en ningún otro, las razas y las edades.

En antes cantárala Garcilaso, el de “las dulces prendas por su mal halladas” y a golpe de melódicas palabras, viérase en su “apeñascada” tristeza y también en los sitios en donde la soledad se vuelve amena. Fray Luis, para quien Toledo es la colina de singular recogimiento en la espaciosa España, miraría al Tajo como con el pecho afuera para decir su profecía al Rey Rodrigo... Cervantes, sobre mesa tosca de la Posada de la Sangre, escribiría las páginas de La Ilustre Fregona y Tirso de Molina las que se refieren al alegre fulgor de Los Cigarrales... Y antes, o contemporáneamente a los días del Greco, el mágico Marqués de Villena, sus libros de fascinología y los capítulos de Ciencia Cisoria o Arte

de Cortar del Cuchillo.

Viajeros de más tarde, desde Teófilo Gautier y Maurice Barrés, hasta Camilo Maclair y René Schwob, fueron a buscar en Toledo el secreto del Greco. Y Gregorio Marañón, desde el mirador de su Cigarral “Los Dolores”, contempló a la ciudad imperial, larga, detenida, amorosamente, no sólo para llevarla impresa en las retinas y para auscultarla en sus voces que parecen moduladas a la sordina, si no también en los ecos de singular lejanía que suele retener entre sus atiborrados edificios y escribió los ensayos sobre Toledo y el libro capital por cuyas páginas vuelven los avatares toledanos y el Greco regresa.

Para Marañón, “Toledo, anclada sobre peñascos rudos, en medio de la Castilla seca, es, sin embargo, más mediterránea que todas las ciudades de Grecia, de Italia y de nuestro litoral levantino. Cada una de estas ciudades que viven sonriendo en las playas del mar azul, son una parte del alma inmensa y múltiple que dio por vez pri-

mera dignidad superior a la raza de los hombres y que aún hoy sigue siendo su faro mejor. Pero Toledo, lejos del mar, es como la suma representación de todas ellas. Toledo es, como se dice, una ciudad castellana; o lo es sólo a medias. Castellanas puras son Avila y Segovia, Burgos y León. Lo que Toledo tiene de no castellano, algo que a pesar de las torpes guías y de los prejuicios literarios, perciben bien algunos espíritus de fina sensibilidad, es precisamente su orientalismo, su mediterraneidad”.

Marañón considera a Toledo como a encrucijada de corrientes raciales, “redoma donde en el fuego lento de los siglos se han ido destilando las almas de las viejas civilizaciones”, y cree que, empinada sobre las rocas, mira hacia el Oriente. La llama esencia de la mediterraneidad que se reclina en las colinas del Tajo, después de atravesar las sierras frías y las llanuras de Castilla, y añade que Toledo “no alcanzó a ver las playas del Atlántico, pero su nostalgia corrió por el cauce del río y

floreó allí donde éste desemboca en la Lisboa insigne...”.

Un soneto inédito de Gregorio Marañón, consagrado a la ciudad de sus predilecciones, fue descubierto hace poco por su hijo Belén, en el escritorio de la quinta toledana, en donde pasaba, alternado con las de su ejercicio médico en Madrid, buenas temporadas de contemplaciones y meditaciones, y de aquellos descansos en los cuales iban los ojos por las líneas de los libros y marchaba la pluma por la albuja de las cuartillas.

Gran parte de los ensayos y las biografías de Marañón fueron escritos en su Cigarral de Toledo, y en el domingo, que dedicaba aparentemente al reposo, se hacía, en sus paseos por Zocódover, por la calle de la Judería, por la bajada del Suspiro y en torno del río y al paso de sus puertas labradas, o desde su alto balcón de “Los Dolores”, la visión en cada día más extrañada, la revisión de Toledo. Allí estaba Marañón, pensando, tales sus palabras, en aquella suma de seis civilizaciones superpuestas; encrucijada inmortal de todas las culturas; puente insigne entre el Oriente y Occidente; albergue de todas las religiones y Roma de España.

El domingo 18 de julio de 1953, escribió el soneto a Toledo, que no sabemos si sea el de los únicos versos que compuso, pero sí de los últimos:

“El cielo es un esmalte transparente como lo soñaría Garcilaso, con el mismo rumor de leve raso en la taza labrada de la fuente...”

UN SONETO DE GREGORIO MARAÑÓN

Al fondo la ciudad resplandeciente, en la postrera lumbre del ocaso. Y el silencio que viene, paso a paso, preñado de misterios del Oriente.

Y, de repente, empieza a hablar el río... ¿Es un canto de amor y de venganza? ¿O es un místico anhelo de esperanza?

¿Es un lamento de vejez y hastío? ¿O la amarga nostalgia de la gloria, o vejez inaudible de la Historia?

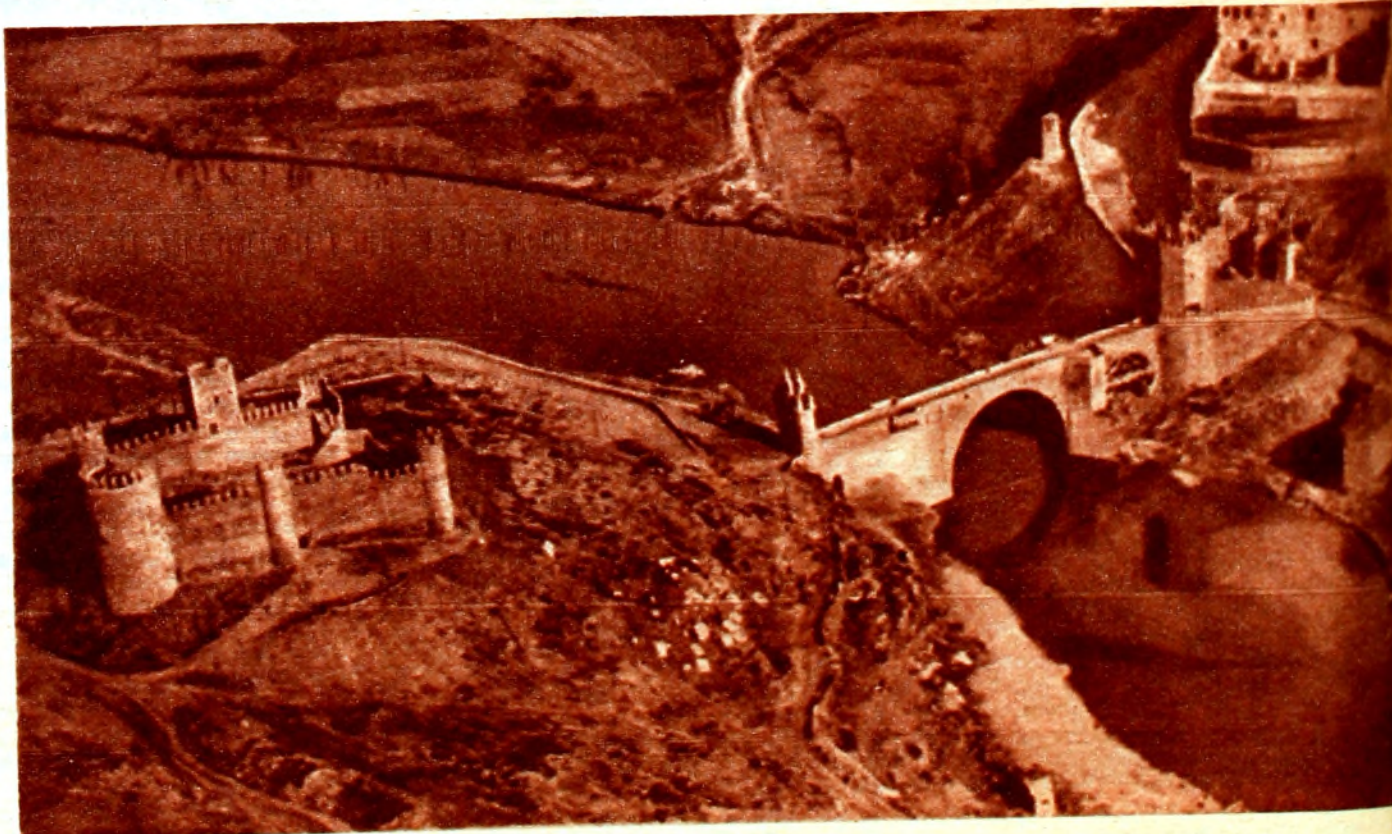
Y, de repente, empieza a hablar el río...”

Saliéndose un tanto de la severa arquitectura del soneto, escribió Marañón, como ritornello, para terminar, el primer verso del primer terceto, en el que nos dice oír las palabras del río.

Augusto ARIAS

(Especial para EL DIA)

El Tajo,
entre el Puente
de Alcántara
y el Castillo de
San Servando



Autos EMPRESA
de “Jockey Club” **CAUSSI**

Casamientos

Tels.: 40 11 36 - 40 11 37

Arenal Grande entre RIVERA y LAVALLEJA

EL DESPENE

Y nacieron los mellizos Fermín y Quintín — hijos del negro Quintín Her-
nández — hijos de la madre de ellos. Por suer-
te, Quintín, quien tuvo que
de los recién nacidos.
Quintín, tenés que amansar yegua pa
Los mamones se criarán mejor...
hizo.
poco más de cinco años los ne-
la abuela pasó a mejor vida.
el cuerpo en dos cueros va-
dejó a su madre descansar para
entre las piedras de la sierra. En el
el puesto siguió corriendo la vida.
Al día de rutilante sol el negro levan-
se a lavar y con una caña al
marchaba a la costa del río, donde
servado un pesquero. Juntaba leña,
una caldera al fogón, y después,
amargueaba, se daba a sacar mo-
luego a tender los aparejos. Los
brincaban en el monte, desnudos
monos, gritaban, reían, de vez en
daban un chapuzón entre el ca-
al. Cada tanto se arrimaban al padre,
un manotazo — acariciándolo — y
sus contorsiones, carreras y saltos
negro pasaba el tiempo, inmóvil, con
los ojos llenos
Quintín iba a la estancia a dar
y recibir órdenes. Lo atendía
el amo, Ginés Lasala, caudillo del
se habían criado él y Quintín,
la amistad entre señor y peón. Este
el día en las casas. Los negritos eran
estejados allí, desde la sala a la co-
en algunas ocasiones la patrona, ha-
con el puestero, le preguntaba:
—¿Qué vas a hacer con los mellizos,
Quintín?
—... viá tratar de darles algo, siá ca-
... siá oficio...
... criados están.
—¿Figúrese patroncita: soy el padre...
madre. A veces, cuando los veo dormi-
quisiera ser pájaro... pa taparlos con
... o menos por esos días estalló una
... una de tantas. Allí fueron, co-
siempre, el comandante Lasala al frente
una gran columna, y el negro Quintín,
bombre de confianza. Haciendo crónica
estas cruzadas, que fueron muchas, en
de aparcería Lasala, señalando a Quintín
entre burlas y veras:
—¿Mi despenador...
... que a veces, luego de tal choque vio-
enfrentándose Lasala con algún caído
agonizaba destrozado — fuera de él c
... otros — le insinuaba al negro:
—¿Pobre, sería mejor despenarlo!

Y Quintín cumplía el trabajo trágico — y humano en el fuero íntimo de su jefe y patron, y en el suyo — haciendo volar los sesos del moribundo con un disparo de pistola. Al negro no le sabían bien estas recordaciones de Lasala.

—¡Güeno, gueno — rezongaba — hay cosas que carece mejor el no mentarlas anqué se haigan hecho por proximidad!

Ya tenían veinte años los mellizos, mentados en el pago por magníficos jinetes, duros para el trabajo campero. Eran conocidos por los Quintines por ser hijos de Quintín, y porque nadie podía diferenciarlos, de idénticos que eran. Lasala había regalado unas cuantas cuerdas de campo a su peón de aprecio, que con sus hijos trabajaba.

Y reventó otro chirinada. Ni qué decir que a ella fueron, como siempre, todos. Cuando Quintín vio a sus hijos, como nacidos en los pingos caracoleantes, cimbrando lanzas, sintió que la emoción y el orgullo le henchían el corazón; pero también sintió recónditamente un extraño amargor.

Y fue en un atardecer, después de pelear casi todo el día, resacas las gargantas de sol, pólvora y tierra, tensos los nervios, desatada el alma, cuando el comandante Lasala comprendió que la salida que había era cargar a lanza. Esta maniobra fue su fuerte siempre. Así que los jinetes del caudillo se tendían sobre los pastos blandiendo tacuaras, eran el mismo coraje y la misma muerte sus guías. Lasala levantó el caballo en la rienda y gritó a Quintín:

—¡Estamos medio carcamanes, hermano; pero vamos a llevarlos por delante!

Agrupó a sus hombres, el clarín ordenó el torbellino.

Ya a boca de noche, con el triunfo en ancas, el comandante comenzó a recoger el campo. Creyó reconocer a su puestero, hecho un arco, en la punta de una zanja. Galopó hasta él. Era Quintín. Tenía los brazos deshechos. Estaba sentado, firme, con el mirar limpio, como siempre. Cerca de él sus dos hijos, cribados, empapados en sangre, muertos. Lasala se apeó.

—¡Qué negritos guapos, Quintín! ¡Nunca vide varones de ese calibre!

—Yo tampoco, Ginés.
—Los miré meniar lanza. La vida de cada uno ha de haber costao muchas.

—Es asina mesmo.
Callaron ambos un instante. Después Quintín clavó sus ojos en los del comandante.

—Sí, hermano.
—Despename.

—¿Cómo?



—No te lo pido porque esté sangrando. Negro siente poco la carne rota.

—¡Si estás entero, Quintín! Entodavía vivirás mucho...

—Es lo que no quiero. Despename, hermano. Nenguno de los que yo le quitó la pena la tuvo más grande que la mia aura. Tengo las manos quebradas... perdí el arma...

Y Lasala vio tal dolor, tal desesperación, y tal desolación en el rostro de su amigo y servidor, que en un ademán brusco llevó las bocas de su pistola sobre su corazón y le quitó la vida.

José MONEGAL

(Especial para EL DIA)

(Dibujo del autor)



Con brillante ceremonia quedó inaugurado el Congreso de las Cooperativas de las Américas, con la presencia de altas autoridades nacionales, destacadas figuras del cooperativismo americano y europeo.



Resulta difícil decidir a veces cuál es "el violín de Ingres" de algunas personas que dedican la mayor parte de su tiempo a una actividad e incursionan esporádicamente en otra. Hay casos, como el del autor del libro que provoca este comentario —absorbido por una triunfante carrera de abogado y con espaciadas visitas al mundo de las letras— que dejan dudas sobre cuál es la verdadera vocación y cuál el campo que ha brindado mejores frutos. ¿Cómo expresa mejor su personalidad Agustín Minelli: con el lenguaje de las leyes y de los intereses económicos o con el de la creación artística y desinteresada?

Irueta Goyena, padre, observaba que en los países nuevos hay tanto para hacer que mucha gente se encuentra ante la perspectiva de muy diversas ocupaciones. Los hombres capaces son llamados —quizás contra su mejor vocación— a una serie de situa-

AMOR Y GUERRA EN EL URUGUAY

ciones de impensada variedad; y si es difícil no acudir cuando hay quien necesita de uno, más difícil e inoperante es quedarse aislado en un terreno como el de las letras que, aquí y ahora, es un páramo seco y sin sombra. La contrapartida de la imposible especialización de estos seres múltiples es una visión enriquecida del mundo, una comprensión más amplia de la frágil criatura humana y una afirmación vital indestructible, condiciones generalmente ausentes en los seres restringidos o localizados.

Minelli es, ante todo, un dramaturgo, condición que prueba en las ocho obras de teatro que lleva escritas —varias de ellas estrenadas—, pero también en ésta su primer novela, colmada de abundante diálogo que se extiende por páginas y páginas (el capítulo 66, por ejemplo, es una pura escena teatral, sin mezcla extraña), con escueta descripción de paisajes, destacándose asimismo en la acción las situaciones típicamente dramáticas (personas que escuchan detrás de una puerta, líneas telefónicas ligadas, moribundos que reciben besos de amor). Y cuando decimos dramaturgo también pensamos en el cine, puesto que los 133 capítulos en que se ha dividido la obra tanto pueden ser escenas teatrales como secuencias filmicas; y, por otra parte, esta última sería la única manera en que un escritor con mentalidad dramática pudiera imaginar su argumento, ya que para las tablas tendría una extensión desmesurada.

Hundiéndose en la historia de nuestro país (tan olvidada en la creación artística y en el espectáculo que parecería que las

únicas aventuras humanas en el desenvolvimiento de América independiente fueran la conquista del lejano oeste y la guerra de secesión), el autor brinca un resaca no menor de los hechos de 1703 y 1704 y reconstruye además con inimitable acierto el estado social, cultural y político del Uruguay a principio de siglo. El baile y el Saravia de la novela responden a la biografía de conductores que realmente existieron; pero al lado de ellos aparecen con una realidad semejante los personajes creados por la imaginación del escritor, que los hace pensar, sentir y actuar en la forma en que verdaderamente lo hacían los hombres y mujeres de aquella época: Montevideo con su psicología aldeana, el estanciero apegado a la ganadería extensiva, el poder incontestable del patetismo, el recelo contra la insinuante industrialización, la mujer relegada económica y sentimentalmente al hombre.

Y sobre este fondo de sociedad conservadora que en el momento crítico de la lucha civil empieza a despertar a una vida más oreada, coloca Minelli el segundo tema de su obra. Es el mismo, en otras dimensiones y en otro medio, que el de en un día escandalosa "Lady Chatterley" de Lawrence: la equiparación sexual del hombre y la mujer a través de un amor cabalmente cumplido. Quizás no hubiera sido necesario para el buen desarrollo del argumento, en uno y otro caso, que el marido de Silvia, como Lord Chatterley, tuvieran impedimentos físicos, para que cualquiera de ambas mujeres cayera en brazos de quien fuera capaz

El doctor Agustín Minelli realiza una hábil reconstrucción de la crisis de 1904.



de hacer saltar en pedazos los muros de una angustiosa insatisfacción, permitiendo así el acceso a una vida plenamente realizada.

Sobre estas dos líneas argumentales el autor escribe una novela que seguramente ha de ocasionar adhesiones y rechazos apasionados. En el primer grupo —y sin paramientos en detalles técnicos o diferencias estéticas— estamos nosotros, ya que tanto en el planteo de la realidad político-social como en la tesis sustentada en materia sentimental, creemos que el autor no sólo está acertado sino que ha producido un libro de verdadero contenido pedagógico que nuestra juventud haría muy bien en no desatender.

M. M. V.

Agustín Minelli — SUCEDIO ASI. — Espartaco, 330 págs., Montevideo, 1962.



CUANDO EL PLOMO ERA ORO

siones de las mismas sobre la astrología y hasta la química moderna; 3) la práctica, el núcleo, la verdadera esencia de la alquimia cuyo objeto era fundamentalmente, la búsqueda de la Piedra filosofal y lateralmente la transmutación de los metales y la medicina universal; como derivaciones lejanas de este aspecto también se mencionan otras actividades como, por ejemplo, la fabricación artificial del hombre (homunculus); 4) una mística, que interpreta todas las maniobras y la terminología alquímicas en sentido figurado como la búsqueda del oro espiritual, la purificación, la metamorfosis del hombre dominado por las pasiones en el arquetipo de lo bello, verdadero y bueno; 5) el Ars Magna, una amalgama de todas las variedades anteriores con curiosas referencias teosóficas, religiosas, filosóficas y aún más curiosas aspiraciones de Superhombre, inmortalidad, regeneración del cosmos, etc. El tomo se cierra con noticias acerca de la influencia de la alquimia sobre el arte, la técnica, la ciencia y la filosofía.

Pocos libros hemos leído que podrían ser erigidos con mayor derecho en una obra modelo de divulgación: el texto es corto, fácilmente legible y en realidad está todo lo que interesa en una primera lectura sobre el tema, seriedad de informaciones, poder de síntesis y una capacidad de saber olvidar ciertos datos secundarios (Stefan Zweig escribía sobre esto último en "El mundo de ayer"). Por lo general no soy partidario de la "divulgación". A veces la simple mención de la palabra me produce un escorzo en la piel. Pero esto se debe en gran parte a que por divulgación últimamente se entiende un tipo de escrito completamente digerido, tan

"Si existe algún libro entre todos los que componen la literatura Oriental y que debiera leerse antes que los otros es, en mi opinión, el libro de Tao, de Laotse", dice Lin Yutang en su introducción en la traducción inglesa de la referida obra. El libro de Tao, escrito en un estilo aforístico, acomete el reino de todas las cosas: afirma la unidad de lo natural y de lo humano, la primacía de lo espiritual y da consejos pragmáticos de no exceso, no interferencia. Su enseñanza rebosa ascetismo; en materia militar es pacifista, en política partidario de la anarquía. Además de su amplitud de miras, del vasto horizonte de ideas que abarca, es sumamente original: elogia la debilidad, muestra la futilidad del éxito y del poder; sostiene que es de los sabios parecer tonto.

Su importancia humanista, la enorme influencia que ejerció, especialmente en el campo artístico, su papel educador, no pueden ser puestos en duda. Sin embargo, parece un poco exagerada la afirmación del ex archivero de los manuscritos orientales del Museo Británico, Dr. Lionel Giles cuando escribe en el prefacio de que "ningún otro libro, quizá, después de la Biblia, ha sido traducido tantas veces como el Tao Teh-King", pues en castellano ésta, de la Leda. Caridad Díaz-Faes, hecha sobre la versión inglesa de Ch'u Ta-Kao, parece ser nada más que la tercera. (Hay una de Edmundo Montagne, del francés y otra debida a

reducido en sus exigencias que da vergüenza leerlo. "Aprenda alemán en diez días"; "El misterio de las sociedades secretas" y el folleto tiene 23 páginas, 5 de las cuales son ilustraciones. Divulgar es publicar, difundir, propagar; divulgar es entregar conocimientos sin dictar cátedra, es despertar inquietudes e incitar para ulteriores reflexiones. La Alquimia de Serge Hutin, es una excelente obra de divulgación en el sentido noble del término.

T. S.

Serge Hutin — LA ALQUIMIA — Eudeba, Buenos Aires, 127 págs., 1962.

POR EL RECTO CAMINO

Alfredo A. Whitelow, realizada sobre la traducción inglesa de Lin Yutang e incluida en su "Sabiduría China", Biblioteca Nueva, Bs. Aires, 1945). En otras lenguas tampoco estamos muy lejos de esta cifra (Lin Yutang, en su prólogo mencionado, enumera 12 en inglés y 9 en alemán) mientras tanto una publicación de 1946 García Soriano y García Morales consignan 234 ediciones sólo en francés, 179 en inglés, etc. del Quijote, números que si bien responden a ediciones y no traducciones, seguramente superan a las del Tao Teh King.

Hoy en día el taoísmo es una religión más, con sus ritos, monjes y un petrificado complejo de procedimientos mágicos. En su esencia pristina, no obstante, es una cosa muy distinta. La doctrina de Lao-Tse, como toda reflexión oriental, se sitúa en la línea divisoria entre religión y filosofía. En cuanto pensamiento religioso es de un tipo místico-simbólico caracterizándose como búsqueda de lo común entre los principios contradictorios masculino-femenino, actividad-reposo, luz-sombra; desde el punto de vista de la especulación filosófica recuerda a Heráclito y la dialéctica de Hegel. El concentrado mensaje de sus paradosjas exige un poco común esfuerzo de la capacidad de pensar.

Lao-Tse ha sido contrapuesto en numerosas ocasiones a su ilustre compatriota (y quizá contemporáneo) Confucio que perseguía un tipo de ideales más bien de naturaleza social: el capillero, el letrado, el perfecto gobernante eran los modelos de su enseñanza de donde deriva, también, su preocupación por la educación y la

cultura, la vida moral y política, su afición a cierto formalismo y ceremonialismo como parte esencial de la realidad humana. Lao-Tse, por el contrario, quería plasmar al saou, poseedor de una mente profunda, que perciba lo que está más allá de la apariencia de las cosas. Lao-Tse era un visionario, irreal y contradictorio, un rebelde que como no se conformaba con el mundo clamaba por una utopía. El no quería gobernar. Su sabio es altruista, humilde, pobre, virtuoso (¿cómo podrían serlo muchos gobernantes?) y decía que "un hombre que se exhibe no puede sobresalir". Quería volver a la sencillez primitiva (recuérdese a Rousseau), lograr (el Tao es camino, norma) un estado de vacío que otorgue la iluminación. Su resultado, en definitiva, es una fórmula de santidad.

Aparte del valor positivo que tiene para millones de creyentes, es muy significativa la íntima relación que existe entre el Tao Teh King, escrito varios siglos antes de Cristo y numerosas manifestaciones intelectuales de la cultura occidental: los dialécticos, los utopistas, los que predicaban la vuelta a la naturaleza, los del "laissez-faire" parecen desarrollar teorías milenarias taoístas. Se puede descubrir un parentesco con la poesía de Goethe y los ensayos de Emerson. Compárese, por ejemplo, el "sólo sé que no sé nada" de Sócrates con esto de Lao-Tse: "Es más perfecto desconocer la propia sabiduría. El conocerla es como padecer un mal. Solamente cuando se sabe que se padece de este mal se puede ver uno libre de él. El Sabio no padece de este mal, puesto que reconoce que lo padece".

Si todos estos paralelismos demuestran algo es esto: que de la diferente expresión verbal, a pesar del tiempo y de la distancia geográfica que separa unos de otros, hay una sola realidad, siempre idéntica a la misma: el hombre.

T. S.

Ch'u Ta-Kao (traductor) — TAO TEH KING — Morata, distrib. Aguilar, Madrid, 131 págs., 1961.



Charcot.

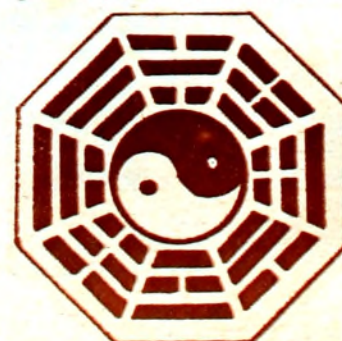
PSIQUIATRIA

Como su título lo indica es un sintético recorrido en el estudio de las enfermedades mentales. El autor, como historiador de la medicina y médico psiquiatra sólo se ocupa de la psiquiatría propiamente dicha, la científica, es decir, la realizada por los médicos y no la filosófica, encarada preferentemente por Alfredo Cáceres (La evolución de la psiquiatría, Atlántida, Bs. Aires, 1947). Después de un preliminar etnológico historia linealmente hasta el siglo XVIII donde, dada la complejidad creciente de las investigaciones, empieza a enfocarse desde diversos ángulos, ya las escuelas nacionales (la alemana), ya los problemas (la degeneración). Se detiene en Charcot, Bernheim y Janet para dar cuenta en seguida de las contribuciones de Freud y de Pavlov a la psiquiatría. El compendio culmina con la somera descripción de las más recientes terapéuticas somático-empíricas actuales: shockes, psicocirugía, psicofarmacología).

El texto está dedicado al lector no especializado y es claramente inteligible. Trae una buena documentación bibliográfica, algunas transcripciones y breves biografías de los más destacados representantes de la psiquiatría. Muy recomendable para toda persona culta como primer contacto de información con una importante ciencia.

T. S.

E. H. Ackerknecht — BREVE HISTORIA DE LA PSIQUIATRIA — Eudeba, Buenos Aires, 72 págs., 1962.



por EDGAR RICE BURROUGHS

Tarzan

LAS LLANURAS DE AFRICA
LUCEN CON LAS HERMO-
SAS ESPECIES DE LA FA-
MILIA DE LOS ANTILOPES:
ELAND, GNU, GACELAS,
ETC.

EN CONSECUENCIA, LA ZONA SE LLENA DE CARNICEROS, QUE ESCONDI-
DOS ENTRE LAS ALTAS PASTURAS, ESPERAN SACIAR SU APETITO.



DE TODAS LAS PARTES LLEGA UNA EXTRAÑA CARAVANA HACIA LA LLANURA...



TANTO EL ELEFANTE, PARA CONFORMAR SU
APETITO, BUSCA RARA VEGETACIÓN...



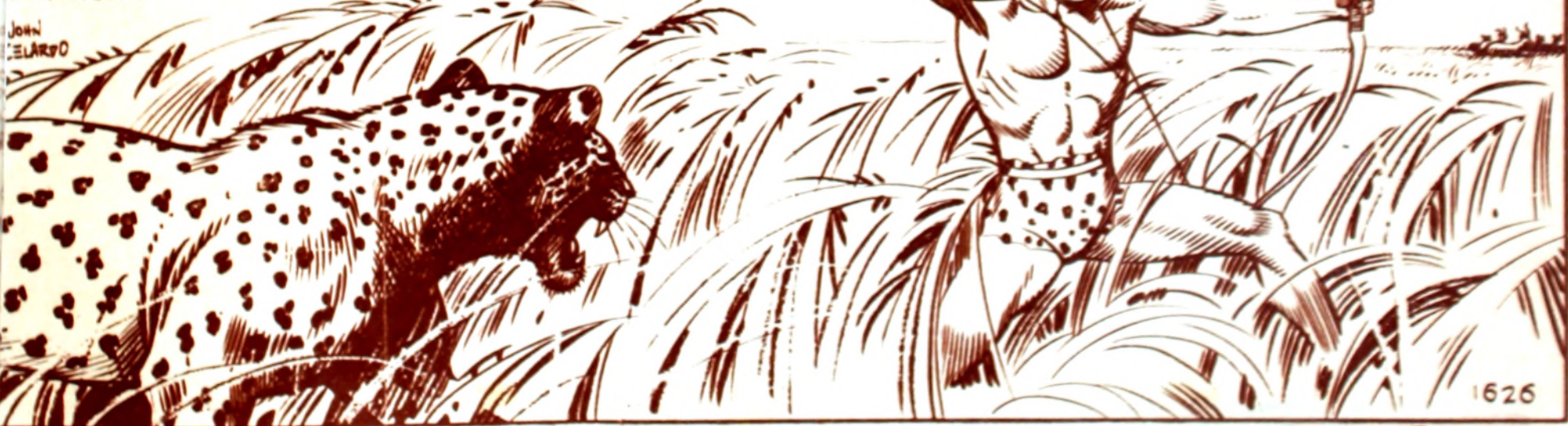
EL SEÑOR DE LA JUN-
TA, EN BUSCA DE SU
SUSTENTO...



Y SHEETA EL LEO-
PARDO, CUYOS DE-
RECHOS HAN SIDO
VIOLADOS.



DRAMÁTICOS Y FUERTEMENTE CONTRASTANTES
MOTIVOS SE ENMARAÑAN EN UNA EXPLOSIVA
SITUACIÓN.



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares



LIQUIDACION de VERANO

para llevarse
todo...
a precios que
no son nada!..



CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra
CASA MATRIZ
Av. Agraciada 2302 y
M. Sosa-Tel. 200961

SUC. GOES
Av. Gral. Flores 2341
Tels. 24200-24300
24400

SUC. CORDON
Av. 18 de Julio 1601
Tel. 404111

SUC. CENTRO
Av. 18 de Julio 958
casi esq. Rio Branco
Tel. 94059

en las 4 casas de las 3 avenidas y...

Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.